
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL HORROR SIN NOMBRE
BURTON HARE

«Casi corrió hacia la puerta y desapareció.

Su precipitada salida desató una nueva oleada de comentarios, aunque ninguno pudo comprender qué le había impulsado.

Sólo el pánico, pensó Kernigan: el terror más absoluto.

Pero ¿pánico por qué, de qué?

Encendió un cigarrillo y como si estuviera indeciso dio unos pasos aquí y allá, hasta aproximarse a aquel rincón donde al parecer su amigo y anfitrión había visto algo horrible, algo que le había alterado hasta el extremo de impulsarle a huir del salón».



Burton Hare

El horror sin nombre

Bolsilibros: Selección Terror - 147

ePub r1.1
xico_weno 03.09.16

Título original: *El horror sin nombre*
Burton Hare, 1975

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Kernigan descendió del tren en la pequeña estación y miró en torno. Jirones de niebla se alzaban como si brotaran de la tierra. El crepúsculo se producía prematuramente en esas latitudes, pensó.

Entonces vio descender a las dos mujeres de un vagón delantero y pensó que una y otra eran demasiado hermosas para un lugar tan lúgubre como Dornutt.

Un mozo bajó las maletas de las damas. Eran muy jóvenes, vestían con elegancia y ambas parecían muy seguras de sí mismas.

El tren empezó a moverse con furiosos resoplidos de la locomotora. El andén se llenó de nubes de vapor que se mezclaron con la húmeda niebla.

Kernigan masculló un juramento. Había sido un tonto y estaba disgustado por ello.

Como una aparición, una sombra oscura surgió en medio del vapor y de la niebla. Un hombre alto, delgado, al que el recién llegado no pudo verle el rostro hasta que llegó a su lado. Entonces arrugó el ceño, porque era un rostro como para no olvidarlo fácilmente.

Los pómulos agudos parecía como si quisieran atravesar la piel apergaminada y amarillenta. Unos ojos hundidos, negros y opacos, se agazapaban bajo unas cejas espesas como cepillos. La boca no era más que una línea oscura y dura.

—¿El señor Kernigan? —Murmuró el aparecido—. ¿El señor Robert Kernigan?

—Soy yo, efectivamente.

—Me alegro mucho de verle, señor. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Pésimo.

—Lo lamento mucho. Llevaré su maleta al carruaje si no le importa. Pero antes, permítame atender a las señoras…

Hizo una inclinación de cabeza, cargó con la ligera maleta de Kernigan y trotó hacia las dos viajeras que se habían quedado en el andén de madera mientras el tren partía.

Bob Kernigan, un tanto desconcertado, fue tras él. Las dos hermosas jóvenes escuchaban al hombre de cara extraña. También a ellas parecía haberles impresionado de modo desagradable el aspecto del individuo.

Una de ellas preguntó:

—¿Le encargó George que viniera a esperamos?

—Ciertamente, señorita Hardy. Me llamo Lamont y soy el mayordomo de Middel Manor. He traído un carruaje.

Al volverse casi tropezó con el fornido Kernigan y sus espesas cejas se fruncieron.

—Señor…

—Presumo que estas señoritas se dirigen a casa de George Brittles lo mismo que yo. ¿Es así?

—En efecto.

Kernigan se había quitado el sombrero. Esbozó una inclinación de cabeza y se presentó.

—Me llamo Robert Kernigan. Quizá, si son ustedes familiares de George le hayan oído hablar de mí alguna vez.

—¿Kernigan? —murmuró la muchacha que lucía un cabello rojo como el fuego, desbordándose por debajo del sombrerito de viaje.

La otra tenía los cabellos negros como la noche. Esbozó un gesto de sorpresa y exclamó impulsivamente:

—¡Oh, sí, mi primo habla con frecuencia de usted!

—¿Su primo?

—George es primo mío. Soy Norah Hardy. Y ya que hemos prescindido de las formalidades, le presento a mi íntima amiga Theda Grey, Robert Kernigan estrechó las manos a las dos jóvenes. Sonrió.

—Me reprochaba a mí mismo haber hecho caso de la carta de su primo. Venir aquí en esta época del año se me antojaba una estupidez. Ahora celebro haber aceptado la invitación de George.

El hombre de cara inquietante murmuró:

—El carruaje está delante de la estación… Les esperaremos allí.

Le vieron alejarse con sus largas zancadas, cargado con las tres maletas sin esfuerzo aparente.

Kernigan gruñó:

—No me gustaría ser atendido por un sirviente como ése.

Norah se echó a reír.

—En realidad, mi primo confía ciegamente en él, aunque yo sólo lo había visto una vez, hace algunos meses.

Echaron a andar juntos. El carruaje era espacioso y cómodo, tirado por dos soberbios caballos negros. Un cochero rígido como una tabla esperaba sentado en el pescante.

Cuando estuvieron en camino, Norah Hardy preguntó:

—¿Hace tiempo que no ve usted a George?

—Más de un año. Y todavía no comprendo a qué obedece su inesperada invitación… Bueno, la verdad es que más que una invitación, parecía una orden —terminó, riendo.

—Lo nuestro es peor —rió a su vez Norah—. Me invité yo misma. Simplemente, le escribí que vendría a pasar unos días en Middel Manor en compañía de mi mejor amiga y aquí estoy. Ignoraba que George tuviera otros invitados…

Kernigan atisbo por la ventanilla. No vio más que sombras y niebla. Enormes árboles flanqueaban el camino apenas visible.

—Me sorprende que el cochero sea capaz de distinguir el camino en medio de esa niebla —murmuró.

—La niebla procede de los pantanos con toda seguridad. Esta parte de Inglaterra es famosa por sus praderas, pero también por los sombríos pantanos, sumidos eternamente en la niebla.

Norah calló unos instantes. Theda Grey dejó oír su voz suave:

—Espero que la casa de tu primo no sea una de esas construcciones victorianas, enormes y siniestras. Aunque he de reconocer que encajaría bien en este ambiente…

—En realidad, querida, Middel Manor es un poco sombrío. Por poco no me perteneció a mí, ¿sabes? Y no me hubiera importado vivir en el hermoso caserón, a pesar de los pantanos y la niebla.

Theda exclamó:

—¿Qué quisiste decir con eso de que por poco no te perteneció?

—Porque por rama directa yo debía heredarlo. Su propietario era tío mío y de George, pero mantenía la propiedad en usufructo, porque el auténtico propietario hubiera sido mi padre… de haber vivido. Mi tío odiaba a mi madre, y creo que también a mi padre a pesar de ser su hermano y no quiso que Middel Manor pasara a

nuestras manos, de modo que arregló las cosas para que lo heredara el único miembro varón de la familia, mi primo George.

Kernigan, sentado frente a las dos muchachas, no sabía a cuál de ellas admirar, por cuanto las dos eran de una rara belleza. Quizá la de Norah resultara más aniñada, más espiritual, pero era tan sugestiva como la espectacular pelirroja.

De pronto, la joven atisbo por la ventanilla y dijo:

—Estamos llegando…

La oscuridad envolvía la tierra. En medio de esas tinieblas, Kernigan descubrió el brillo amarillento de unas ventanas iluminadas. El carruaje describió una curva y se detuvo frente a la amplia escalinata de la entrada. Un artístico farol de hierro forjado alumbraba el soberbio porche flanqueado de columnas de mármol negro.

El cochero trabó los caballos y saltó del pescante al mismo tiempo que el sombrío mayordomo.

Kernigan ayudó a descender a las dos muchachas. Antes de volverse hacia la casa oyó la voz de George Brittles.

Norah rió y corrió al encuentro de su primo. Theda susurró:

—¡Qué lugar tan siniestro! ¿No le parece?

—Bueno, durante el día tiene su encanto… ¿Qué tal, George?

El dueño de Middel Manor tenía quizá cinco o seis años más que él. A Kernigan se le antojó, no obstante, que había envejecido asombrosamente en el tiempo que llevaba sin verle.

Estuvo observándole mientras cumplimentaba a Theda. El rostro antes rubicundo de Brittles aparecía macilento, ajado, con profundos círculos oscuros en torno a sus ojos abultados y enrojecidos.

Después, al estrechar su mano, la encontró débil, como la de un anciano.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas venido, Bob —dijo George—. Te espera una sorpresa, ya verás…

—Ya tuve una agradable sorpresa en la estación.

Conocí a tu hermosa prima y a su amiga, no menos bonita.

George hizo una mueca.

—No contaba con ellas, de veras. Norah es un caso. Pero ya que están aquí… Bien, habrá que agasajarlas. Entra, amigo, y prepárate para la sorpresa de que te he hablado.

Kernigan vio a las dos muchachas que atravesaban el enorme vestíbulo y se encaminaban a una amplia escalinata que, en espiral, se elevaba hacia la planta superior partiendo del fondo de la pieza.

George casi le empujó hacia una pesada puerta de roble que había a la derecha del vestíbulo.

—¿Qué clase de sorpresa, George? Estoy intrigado.

La alegría del dueño de la casa le resultaba forzada, casi violenta.

Se detuvieron ante la puerta. George Brittles apoyó las manos en la pulida madera de la puerta y dijo:

—¡El tiempo se detuvo, lo que fue sigue siendo y los viejos camaradas han vuelto a unirse!

Empujó la puerta y Kernigan vio un inmenso salón con las paredes repletas de libros cuidadosamente catalogados en estanterías.

En la gran chimenea ardían unos troncos y las lámparas de petróleo barrían las sombras de los rincones.

Cuatro hombres se levantaron de sus confortables butacas. Todos eran de una edad aproximada y Kernigan se quedó boquiabierto.

—¿Qué diablos estáis haciendo aquí? —exclamó, perplejo.

—Lo mismo nos preguntamos nosotros. George se trae algo entre manos que no ha querido revelamos…

Robert observó al que había hablado. Se llamaba Willy Cook y no había cambiado mucho en los años que habían pasado desde la última vez que le viera.

—Hola, Willy. George alardeaba de sorpresa y tenía toda la razón. Y tú, Everett Grayson, ¿de dónde infiernos has salido? Imaginaba que estabas en Canadá.

—Las cosas se pusieron feas allí y regresé. Tú tienes un magnífico aspecto, Robert…

—La sana vida en las selvas, digo yo —cacareó Hugh Bodry, un hombre al que no parecía importar poco ni mucho el exceso de grasa que redondeaba su cuerpo.

—Tienes razón —concedió Kernigan—. Las selvas africanas son un paraíso, digan lo que digan los pusilánimes. Y tú, Wade, ¿cómo te va?

Wade Ivy sonrió casi con timidez. Era un hombre de estatura

mediana, delgado y pálido.

—No puedo quejarme, Bob —dijo—. Claro que comparado con todos vosotros soy una especie de… ¿Cómo diría? Ceniciento o algo así.

Se echó a reír de su propio chiste.

George paseó la mirada por encima de todos ellos. Kernigan se dio cuenta del esfuerzo que le costaba a su anfitrión mantener su falsa alegría y desenvoltura.

—Muchachos —dijo el dueño de la casa—, las sorpresas no han terminado. Bueno, para vosotros quiero decir. Kernigan ya está en el secreto. Tenemos dos hermosas sirenas entre nosotros.

Hubo un coro de alegres exclamaciones.

Kernigan sonrió.

—Nunca dijiste una verdad tan grande, mi querido amigo. Las dos son maravillosamente hermosas.

—¿De quiénes estáis hablando?

—De mi prima y una amiga suya, Willy. Confieso humildemente que yo no las invité. Fue Norah, mi prima, la que se invitó cuando ya había cursado las cartas para todos vosotros.

—¡Espléndido!

—¿Cuándo vamos a conocerlas?

—Ya tardas demasiado en hacer las presentaciones.

—Calma. Han subido a sus habitaciones para recomponer los desperfectos del viaje. Durante la cena habrá tiempo sobrado de conocerlas.

Hugh Bodry se volvió hacia Kernigan.

—¿Han hecho el viaje contigo, aventurero de los demonios?

—Sólo desde la estación.

—¿Y son realmente bonitas?

—Eso es quedarse corto. Confieso que me han impresionado.

Wade Ivy miraba fijamente a Kernigan con una especie de admiración casi infantil.

—Bob… —dijo—. ¿Es cierto lo que publicaron los periódicos sobre ti?

—No sé de qué estás hablando. En el lugar donde estuve hasta hace apenas dos semanas, recibir un periódico de la metrópoli es casi un milagro.

—Dijeron que hubo un levantamiento de cierta tribu indígena, y

que los blancos huyeron a las selvas. Algunos se extraviaron y fueron devorados por las fieras. Tú organizaste la búsqueda y encontraste una mujer a la que atacaba un león…

—Ya veo…

—¿Es cierto que peleaste con el león con las manos desnudas?

—¿Eso dijeron los periódicos?

—Seguro que lo dijeron —corroboró Bodry.

—Exageraron. Yo tenía un cuchillo de caza.

—¡Cuernos! ¿Y te enfrentaste al león sólo con un cuchillo?

—No tuve alternativa.

Hubo un instante de silencio. George lo rompió y dijo:

—El caso es que peleaste cuerpo a cuerpo con el rey de la selva… ¿Cómo te premió la dama, después que mataste a la fiera?

—A decir verdad, hubo de auxiliarme un poco. El león también sabía pelear.

—Pero te premió…

—¿Era bonita y joven por lo menos?

Kernigan enarcó una ceja en un gesto característico.

—Tendría veinticinco años —dijo.

—¡Madre mía!

—Y estarías solo con ella, en plena selva…

—Seguro.

—¡Maldita sea! Cuenta lo que pasó, hombre.

Kernigan dejó pasar unos instantes.

Luego dijo:

—Me limpió las heridas. Le di las gracias. Vestía de blanco, de la cabeza a los pies… porque era una monja misionera. Eso fue todo lo que pasó.

Se echó a reír ante la frustrada expectación de sus viejos amigos.

Miró distraídamente a George y se quedó helado al ver la atroz expresión de su rostro.

George Brittles tenía los ojos desorbitados y fijos en un lejano rincón de la enorme estancia.

Kernigan se volvió hacia allí con viveza. Al rincón apenas llegaba la claridad de las lámparas, pero no pudo ver nada en absoluto que pudiera ser causa del pánico de su amigo.

—¿Qué pasa George? —murmuró.

—Nada… Disculpadme.

Casi corrió hacia la puerta y desapareció.

Su precipitada salida desató una nueva oleada de comentarios, aunque ninguno pudo comprender qué le había impulsado…

Sólo el pánico, pensó Kernigan: el terror más absoluto.

Pero ¿pánico por qué, de qué?

Encendió un cigarrillo y como si estuviera indeciso dio unos pasos aquí y allá, hasta aproximarse a aquel rincón donde al parecer su amigo y anfitrión había visto algo horrible, algo que le había alterado hasta el extremo de impulsarle a huir del salón.

No pudo ver nada extraño allí, en absoluto. Nada que pudiera asustar siquiera a un niño…

CAPÍTULO II

La cena transcurrió entre una general alegría. Las dos muchachas, sin falsos rubores, supieron corresponder a las constantes galanterías de los hombres y en algunos instantes incluso tomaron la iniciativa del diálogo.

Robert Kernigan hubiera querido intervenir con más asiduidad en el diálogo, pero había advertido la cenicienta palidez de George y no podía apartar la atención de sus nerviosos ademanes y sus furtivas miradas en torno, como si esperara ver de un instante a otro una visión del infierno, algo que le aterrorizaba por anticipado.

Cuando la camarera que había servido la cena anunció que el café estaría preparado en el salón vecino en unos minutos, Norah dijo:

—Creo que les dejaremos solos, George… Lo cierto es que estamos cansadas del viaje y tú preferirás estar a solas con tus invitados.

—¡Diablos, te aseguro que ellos preferirían vuestra compañía a la mía, primita!

Hubo un coro de exclamaciones de asentimiento, pero las dos jóvenes se mantuvieron firmes, de modo que los hombres quedaron solos en la estancia donde los sirvientes estaban disponiendo el servicio para el café y los licores.

Luego, cuando terminaron su cometido, salieron cerrando la puerta y por unos instantes reinó el silencio, mientras cada uno de los hombres saboreaba el café.

Hasta que Kernigan lo rompió:

—Y bien, George. ¿Vas a decirnos al fin por qué nos has llamado a todos aquí?

Brittles le observó y luego desvió la mirada. Se sirvió una gran dosis de coñac y mientras acariciaba la panzuda copa entre las

manos dijo con voz sorda:

—Temo que estoy volviéndome loco.

Nadie replicó. Él trató de sonreír y sólo consiguió una mueca. Vació la copa de un trago y se echó atrás en su butaca.

—¿Es una broma? —Gruñó Hugh Bodry.

—Ojalá lo fuera.

—Bueno, debes tener alguna buena razón para pensar eso —rezongó Bob Kernigan—. ¿Has consultado con un médico?

—No es nada que pueda curar la medicina, Bob.

—Pero ¿qué diablos es lo que te sucede? —estalló Willy Cook.

George volvió a llenarse la copa. Kernigan encendió un magnífico cigarro y observó a su amigo por entre el aromático humo.

—Creo —dijo al fin Brittles—, que la cosa viene de los tiempos en que servimos en la India.

Grayson dejó escapar un resoplido.

—¡Vamos, hombre! —exclamó—. No pensarás salir ahora con alguna de las absurdas supersticiones hindúes.

—En absoluto. Pero de cualquier modo, lo que sea procede de aquellos tiempos en que todos nosotros estuvimos en el ejército…

—Si empiezas por el principio —sugirió Kernigan—, tal vez podamos enterarnos de qué se trata.

George sorbió el coñac. Sus manos temblaban.

Repentinamente dijo:

—¿Recordáis al viejo ladrón que me vi obligado a juzgar, en Samah Rama?

Hubo unos instantes de silencio. Quien más, quien menos había olvidado un episodio tan corriente en la India en aquellos tiempos que apenas dejara huella en sus mentes.

Fue Willy Cook el primero en caer en la cuenta:

—¿El vejestorio que golpeó a un sargento y le robó el arma?

—Un revólver de reglamento, ciertamente.

—Tú eras el comandante del destacamento —recordó de pronto Kernigan—. Le juzgaste y fue condenado.

—Claro que fue condenado… Pero ¿recordáis la sentencia?

Lo recordaron. Sin embargo, seguían sin ver dónde encajaba algo que había sucedido años atrás, cuando todos ellos eran apenas unos jovenzuelos sedientos de aventuras, con la presunta locura

actual de su anfitrión.

Robert Kernigan gruñó:

—No pudiste sentenciarlo a otra cosa. Estabas obligado a cumplir las leyes establecidas allí en aquel tiempo.

—Le cortaron la mano derecha —murmuró George.

—Así fue.

—Pero eso sucedió en la India, y hace casi diez años —dijo Wade Ivy, asombrado.

—Era un hombrecillo viejo, de piel arrugada semejante a cartón, oscura y cubierta de ronchas… Nunca lo olvidé. Como nunca olvidé aquella horrible mano crispada de un modo espantoso cuando el hacha la cercenó…

—Convengo contigo en que es un mal recuerdo —dijo Bob.

—Es algo más… porque aquella mano está aquí.

Se quedaron helados, mudos de estupor. Cambiaron algunas miradas en las que se adivinaba la incredulidad.

—Vayamos por partes, George —dijo Kernigan—. ¿Quieres decir que alguien te ha enviado una mano semejante a la que le cortaron al viejo ladrón?

—No entiendes… Nadie ha enviado nada. La garra ha aparecido aquí, en mi casa… Surge ante mis ojos cuando quiere… Porque es una garra espantosa, Bob… una zarpa horrenda que flota en el aire…

—Absurdo.

—Ves visiones, eso es todo.

—Tal vez debieras consultar con un buen psiquiatra, George.

—Eso no puede ser.

—No lo creeré en mil años —opinó Kernigan, cuando sus compañeros hubieron expresado sus opiniones—. Lo que sí puedo creer es que seas víctimas de una pesadilla causada por el amargo recuerdo de aquello que sucedió.

—¿Pesadilla?

—No irás a decirnos que esa zarpa se te aparece estando despierto.

George esbozó un gesto de asentimiento.

—A cualquier hora del día o de la noche… Hace menos de dos horas surgió en la biblioteca, estando todos allí… La vi perfectamente, los dedos sarmentosos de uñas sucias, largas y

afiladas…

—¿Por eso escapaste tan precipitadamente?

—Sí…

Robert aspiró el humo del cigarro sin apartar la mirada de su amigo.

—Yo miré hacia donde tú mirabas… aquel rincón oscuro. No vi nada en absoluto. No había nada allí, George…

—¡Os digo que estaba allí…!

Bruscamente, dio un tirón a la impecable pechera de su camisa blanca de etiqueta. Los botones saltaron por la violencia del gesto y él se abrió la camisa salvajemente. Llevaba una camiseta de fina lana debajo y se la subió torpemente.

—¡No es una pesadilla! —gritó—. Ninguna pesadilla puede hacer eso…

Vieron unas oscuras cicatrices casi paralelas. Eran como las que dejarían unas uñas condenadamente afiladas si se hincaran en la piel…

Kernigan se levantó y de un salto estuvo junto a su camarada.

—¿La garra? —preguntó.

—Traté de destruirla… ¡Quise hacerla pedazos con un trozo de hierro! Se revolvió en el aire y me atacó… ¡Me atacó ella a mí!

Robert pasó los dedos por encima de las cicatrices… La piel era blanda, apenas cicatrizada.

—¿Qué piensas, Bob? —jadeó George.

—Nada… No puedo pensar nada lógico. Me parece algo tan absurdo que resulta increíble.

Brittles trataba de cerrarse la camisa sin botones.

—Acabáis de ver la demostración de que la zarpa existe…

—Mira, George —gruñó Kernigan—; para que una garra deje esas señales tiene que ser sólida, dura, con uñas fuertes y afiladas. Si fuera así ya no sería una pesadilla, sino algo tangible…

—¡Claro que es tangible!

—No lo creo, George, porque si lo fuera yo la hubiera visto al mismo tiempo que tú, en la biblioteca. Recuerdo perfectamente que me volví hacia el rincón cuando tú estabas mirando hacia allí con tu expresión aterrada… ¡Maldita sea! ¡No había nada allí, métete eso en la cabeza!

George Brittles suspiró resignadamente.

—Ya contaba con que no me creeríais al principio, pero confío en poder convenceros a todos.

—¿Por eso nos hiciste venir? —¿Para convencernos?

—Eso en parte solamente —replicó—. Tengo la esperanza de que entre todos consigamos eliminar esa amenaza… Estuvisteis en la India tanto tiempo como yo. Si alguno recuerda algún exorcismo, alguna ceremonia para neutralizar… ¿No entendéis? Aunque parezca algo estúpido y supersticioso, quiero saberlo… porque la garra está aquí y estoy seguro que se propone eliminarme, o volverme loco.

Quedaron callados más de dos minutos, sobrecogidos por la impresión que les producía el estado de su amigo. Por supuesto que no creían nada de cuanto les había dicho. Todos ellos eran hombres que estaban acostumbrados a tocar de pies en el suelo.

Kernigan fue el primero en hablar:

—No se me ocurre ningún sortilegio. La verdad es que mientras estuve en la India nunca me interesé por los millares de supersticiones y supercherías de aquellas gentes. Lo que sí pienso, George, es que debería verte un psiquiatra porque no me cabe duda que esa zarpa, o lo que sea, sólo existe en tu mente.

—¿Y ese zarpazo? —Casi chilló Brittles—. ¡Acabas de verlo…! Las uñas arrancaron mi piel…

—Eso pudiste hacértelo tú mismo en los instantes en que la pesadilla te dominó. Un acto reflejo, o como se llame a eso.

George sacudió la cabeza.

—No… Fue la garra, y yo estaba perfectamente despierto porque sucedió a las cuatro de la tarde.

—¿Dónde?

—En el invernadero.

—¿Estando tú solo?

—¡Claro que estaba solo! Pero despierto, Bob… ¡Condenación! Tienes que creerme. ¡Estaba despierto! Atrapé una barra de hierro y quise golpearla cuando se me apareció… Esa… esa cosa esquivó y se revolvió contra mí. Me rasgó la camisa y la camiseta como si hubieran sido cortadas con una cuchilla… y llegó hasta mi piel.

—Espera un momento… ¿Qué hiciste de las ropas desgarradas?

—Las oculté… No quise que las vieran los sirvientes. Si ellos… sospecharan lo que sucede entre estas paredes me abandonarían sin

ninguna duda.

—¿Las guardas todavía?

—Sí.

—Tráelas.

—¿Por qué, es que no me crees?

—Sinceramente, dudo, por decirlo de alguna manera, y sospecho que a los demás les suceda lo mismo. Pero se me ocurre que si esa garra destrozó tus ropas, quizá en los desgarrones quedó algún residuo, un pedazo de uña… Cualquier cosa que sirva de prueba, ¿entiendes?

—Voy a buscarlas.

Salió de la estancia precipitadamente.

Wade Ivy suspiró:

—Él tiene razón. Está volviéndose loco.

—Yo más bien creo en la teoría de Kernigan —dijo Grayson sombrío—. Él mismo se produjo esas heridas en mitad de una pesadilla. Todos hemos oído contar casos semejantes, de que alguien se hirió a sí mismo durante el sueño…

—Sin embargo, por lo menos él «cree» que la ve —terció Robert Kernigan, pensativo—. Sorprendí su expresión en la biblioteca y puedo jurar que era de horror absoluto. Él «veía» la garra entonces.

—Pero tú has dicho que miraste y no había nada…

—Eso también es cierto, Willy. Me apresuré a mirar al rincón y no pude ver nada. Es más, me acerqué allí cuando George hubo salido. No había absolutamente nada extraordinario.

—Apuesto doble contra sencillo a que no existen esas ropas desgarradas —refunfuñó Hugh Bodry de mal talante—. Todo eso sólo ha existido en la mente de George.

Kernigan gruñó entre dientes:

—No creo que sea tan sencillo, Hugh.

Se recostó en la butaca y saboreó profundamente el humo del cigarro. Por unos instantes dio la sensación de que el placer de fumar el habano era lo único que le importaba. No obstante, su mente trabajaba a toda presión.

Él estaba habituado a las supersticiones de los pueblos primitivos. Había contemplado verdaderos prodigios en la India, y asistido a inquietantes ceremonias entre las salvajes tribus africanas. Se negaba a creer a pies juntillas todas las supercherías de que se

valían la mayoría de sacerdotes, hechiceros, brujos y magos para mantener sus reputaciones y seguir gozando de sus privilegiadas situaciones.

Pero había vivido episodios que le impresionaron tan profundamente que, de algún modo, llegó al convencimiento de que una minoría, un número muy reducido de aquellos individuos, dominaban unos extraños poderes. O por lo menos, eran capaces de provocar algunas fuerzas ocultas de las que el hombre blanco jamás había tenido noticia.

Estaba pensando en todo esto cuando la puerta se abrió y entró George Brittles.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Había una expresión de temor y desconcierto en su rostro.

—No… no he podido encontrarlas —susurró—. La camisa y la camiseta desgarradas han desaparecido del escondite donde las oculté…

CAPÍTULO III

No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando despertó, súbitamente alerta.

Le había costado conciliar el sueño. Luego, cuando éste llegó, estuvo poblado de extrañas pesadillas en las que se mezclaban imágenes de escenas vividas en el pasado con otras puramente horrendas, sin duda inspiradas por el relato de George.

Kernigan se preguntó qué era lo que había roto su sueño. Escuchó con todos los sentidos alerta, como cuando despertaba en plena selva y tendía el oído para saber qué clase de animal era el que le había despertado.

Oyó el crujido de una tabla. Madera vieja de las escaleras y los muros. Luego, el chirrido de una puerta.

Saltó del lecho sigilosamente y se aproximó a su propia puerta. Sin el menor ruido la abrió lo justo para atisbar por la rendija.

El pasillo estaba oscuro y desierto. Esperó pacientemente y en el intenso silencio oyó la contenida respiración de alguien, muy próximo.

Abrió un poco más la puerta y adelantó un paso.

La puerta de la habitación vecina a la suya estaba también abierta, y a pesar de que no había luz alguna distinguió la confusa sombra de un hombre.

—¿Eres tú, Everett? —musitó.

—Seguro. ¿Tú también lo oíste?

—¿Oí qué? Algo me despertó, pero no pude saber qué fue.

—Me pareció un grito —dijo Everett Grayson.

—¿De George tal vez?

—No lo sé. ¿Crees que deberíamos dar un vistazo?

—Me parece que sí… Enciende un quinqué mientras me pongo los pantalones.

Hizo algo más que eso. Rebuscó en la maleta y sacó un pesado revólver de gran calibre. Comprobó que estaba cargado y, descalzo, se reunió con Grayson en el pasillo.

—Te aseguro que si aparece esa garra o cualquier otra cosa, una bala de este chisme la hará pedazos —comentó.

Echaron a andar cautelosamente hacia el final del pasillo, donde estaba la habitación de George Brittles. Escucharon pegados a la puerta y Grayson musitó:

—No oigo nada…

Inmóviles, los sentidos alerta, escucharon medio minuto más. El inmenso caserón estaba lleno de extraños rumores producidos por la contracción de las maderas viejas, de los muebles centenarios, de los propios muros de piedra.

Pero de la habitación de su amigo no surgía el menor ruido.

Robert Kernigan probó el tirador de la puerta y ésta giró en silencio.

Grayson murmuró:

—Si está tan asustado debería cerrar la puerta por dentro…

—Vamos a echar un vistazo.

Se colaron dentro y Grayson levantó el quinqué.

George yacía en el lecho respirando pesada y espasmódicamente. No cabía duda de que era víctima de alguna atroz pesadilla porque incluso en sueños gimoteaba, removiéndose tenso y sudoroso.

Los dos amigos le observaron unos instantes. Kernigan miró luego en torno, sin que nada sospechoso apareciera.

—Salgamos de aquí —susurró—. Si despierta y nos ve se llevará un susto de muerte.

Retrocedieron con cautela, en completo silencio.

Una vez en el pasillo. Grayson se detuvo.

—Si George hubiera gritado creo que ahora estaría despierto…

—A menos que gritara en sueños —opinó Kernigan, ceñudo.

—Yo juraría que oí un grito apagado.

Regresaron hacia sus habitaciones. Grayson entró en la de Bob Kernigan y éste le ofreció un cigarrillo.

Tras encender los dos, Bob gruñó:

—No me sorprendería que nuestros nervios se alterasen también con todo esto, Everett. El pobre George ha conseguido

impresionarnos a todos, ¿no te parece?

—Por lo menos a mí, seguro.

—Y desde luego, algo nos ha despertado a ti y a mí… ¿Acabaremos creyendo en fantasmas y aparecidos o qué?

Grayson esbozó una mueca.

—Tal vez, pero apuesto que ningún fantasma es capaz de resistir un plomo de ese cañón que sacaste.

Kernigan miró el revólver que había dejado sobre una mesa y sacudió la cabeza.

—El caso es —dijo, pensativo—, que no se me ocurre ninguna idea para ayudar a George a superar esa extraña crisis… como no sea pegándole un tiro a la zarpa, si llegamos a verla.

—No la veremos. Ni tú ni yo somos propensos a las visiones.

Apuraron los cigarrillos en silencio y después Grayson se levantó.

—Será mejor acostarnos otra vez. Nunca imaginé que éste fuera un fin de semana tan siniestro. ¿Y tú? —Bueno, me sorprendió mucho recibir la carta de George. Acababa de llegar a Londres y aún no me explico cómo lo supo tan a tiempo.

—Los periódicos. ¿O acaso ignoras que eres un personaje popular?

—Tonterías.

—Los suplementos dominicales viven de tipos como tú, ya deberías saberlo. Aventureros, exploradores, ya sabes… Y a ti te colgaron la etiqueta de aventurero hace ya mucho tiempo.

Kernigan aplastó la colilla en un cenicero.

—Lo tendré en cuenta cuando vuelva a África para doblar mis tarifas como guía de safari… Buenas noches, viejo.

—Que descanses.

Grayson abrió la puerta disponiéndose a salir.

Justo en aquel momento, el grito vibró en el pasillo, ronco y apagado.

Kernigan pegó un brinco, atrapó el revólver y corrió en pos de Grayson, que ya se precipitaba pasillo abajo.

—¡Esta vez ha sido George, seguro! —exclamó.

Oyó abrirse otras puertas y las voces contenidas de los otros invitados.

Grayson abrió la puerta del dormitorio de George Brittles,

levantó el quinqué y se precipitó dentro, seguido de Kernigan con el revólver amartillado.

Brittles estaba sentado en la cama, temblando convulsivamente. La ventana estaba abierta y el aire frío de la noche mecía los cortinajes.

Kernigan pasó como un rayo junto al lecho, apartó las cortinas y se asomó al ventanal.

Vio los copudos árboles meciéndose al compás del viento, que arrancaba opacos quejidos del ramaje. Todo lo demás era negrura.

Grayson gruñó:

—¿Ves algo?

—Nada…

—¡Estaba aquí… amenazándome! —chilló, al fin, George.

—¿Qué, la garra?

—¡Sí!

—Y ha entrado por la ventana, ¿no es eso?

Kernigan se volvió al hacer la pregunta.

—No lo sé… quizá olvidé cerrarla…

—No lo olvidaste. Estaba cerrada perfectamente hace sólo unos minutos —dijo Grayson.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque Bob y yo estuvimos aquí no hace mucho. Dormías muy agitado, pero dormías, y la ventana estaba cerrada. ¿No es cierto, Bob?

Kernigan asintió.

Entonces descubrió a Wade Ivy y Hugh Bodry plantados en la puerta mirándolo todo con ojos asombrados.

—¿Qué diablos pasó? —balbuceó Ivy.

—¿No oísteis nada antes?

Los dos sacudieron la cabeza de un lado a otro.

—Sólo el grito de George —dijo Bodry—. Y el alboroto que vosotros dos habéis armado en el pasillo.

—Estaba aquí —insistió George con mirada de alucinado, señalando los pies de la cama—. La vi, los dedos engarfiados, avanzando hacia mí… como si quisiera destrozarme…

—Cálmate. ¿Cómo desapareció, te fijaste?

—No lo sé… Oí un salto y grité…; luego, abristeis la puerta y yo miré hacia vosotros. Un segundo tal vez… y ya no estaba…

Kernigan gruñó:

—Ignoro si estaba aquí la zarpa o no, pero sí estoy seguro de que alguien ha abierto esa maldita ventana… y no han podido hacerlo desde el exterior porque hay una buena distancia hasta el suelo y nada dónde agarrarse en el muro.

Grayson dejó escapar un juramento entre dientes.

—Veamos, George —dijo, nervioso—, ¿no recuerdas si la abriste tú en sueños?

—¡No! Lo recuerdo bien todo desde que desperté con una sensación de ahogo… y la garra estaba aquí. Fue entonces que di un salto, pero no dejé la cama ni me acerqué a la ventana en ningún momento.

Bodry se había acercado también, lo mismo que Ivy.

—Estás demasiado alterado para saber exactamente qué hiciste y qué no, George.

Ivy se había aproximado a la ventana y miraba las tinieblas del exterior con el ceño fruncido.

—Bueno, no creo que nadie haya podido entrar o salir por aquí a menos que tuviera alas.

—O una escalera —opinó Bodry.

—Si se hubiesen valido de una escalera, yo la hubiera visto al asomarme. No pasó ni medio minuto desde que George gritó hasta que entré en este cuarto y me asomé a la ventana —gruño Kernigan, perplejo—. George, ¿no habrá pasadizos ocultos o cosas así en este caserón?

—Jamás he sabido que los hubiera. Pero podemos comprobarlo con los planos. Aún se conservan como una reliquia, aunque nunca los examiné detalladamente.

George parecía haberse calmado un tanto con la presencia de sus amigos. Wade Ivy cerró la ventana y regresó hacia donde estaban los demás.

—Antes dijiste que tú y Bob estuvisteis aquí hace un rato, Everett —dijo, intrigado—. ¿Por qué, es que sucedió algo más?

—Algo muy raro —replicó Kernigan—. Algo nos despertó a Grayson y a mí. Pareció un grito. Pensamos que había sido George y vinimos corriendo, aunque en silencio por si podíamos sorprender algo desusado… No había nada. George dormía muy agitado y todo estaba en orden.

—¿Y no sabes qué te despertó?

—Ni idea.

—Amigo —comentó Bodry—. Con ese pistolón, si sorprendes a la garra ésa la harás trizas.

Kernigan casi se sorprendió de ver el revólver en su mano. Con un gesto brusco lo introdujo en el cinturón y gruñó:

—¿No es extraño que con todo este alboroto, ni Willy ni las muchachas se hayan despertado?

—Las chicas duermen en la otra ala del piso —explicó George—. Necesitarías disparar ese revólver para que oyeran algo. En cuanto a Willy, debe tener un sueño muy profundo porque duerme en este mismo pasillo.

—En el cuarto al lado del mío —dijo Ivy.

—Me parece que todos debemos volvemos a dormir —refunfuñó el obeso Hugh Bodry—. No estoy acostumbrado a que me despierten a semejantes horas por culpa de un fantasma… ¿O no puede considerarse así esa condenada zarpa, George?

—Te agradecería que lo tomaras en serio, Hugh… ¡Dios bendito! Pensé que entre todos podríais hallar una solución, pero si lo tomáis a chacota, yo…

—Olvídalo. Es seguro que algo te sucede —le atajó Kernigan, ceñudo—. Ya veremos cómo solucionamos la papeleta, pero desde luego te ayudaremos. ¿No dispones de un arma de fuego?

—Naturalmente… un revólver de los viejos tiempos.

—Entonces, procura tenerlo a mano. Si aparece de nuevo esa cosa, dispárale sin vacilar. Si se trata de algo material, una bala le hará daño. Y si es sólo una alucinación podrás convencerte a ti mismo de que es algo que no existe.

Brittles sacudió la cabeza.

—Tengo miedo, Bob —musitó—. Ya intenté destruirla con una barra de hierro…

—Está bien, pero si crees verla otra vez no dudes en gritar. ¿De acuerdo?

George asintió y le dejaron solo.

En el pasillo, y antes de encaminarse cada uno a su habitación, Everett Grayson rezongó:

—Estoy pensando en Willy. Me parece muy extraño que no haya oído nada.

—Asómate a su cuarto si quieres, pero no le despiertes si duerme. Por lo menos, uno de nosotros habrá pasado una noche tranquila.

Grayson abrió silenciosamente la puerta de la habitación y adelantó el brazo con el quinqué.

Al principio apenas pudo ver nada. Luego, acabó entrando cautelosamente.

Se oyó una suerte de quejido y luego su voz.

—¡Mil diablos, mira eso, Bob!

Kernigan corrió hacia la puerta abierta. Los otros, que ya estaban ante sus respectivos cuartos, retrocedieron también precipitadamente.

Bob entró de un salto. Lo que vio le detuvo en seco, lo mismo que si hubiese tropezado con un muro de ladrillo.

Willy Cook yacía atravesado en la cama, revuelto en las ropas y sumergido en un mar de sangre. Su cabeza parecía haber sido machacada por la garra de un monstruo de terrible poder y el tórax estaba atrozmente desgarrado.

CAPÍTULO IV

Uno tras otro se reunieron en la biblioteca después de vestirse. El último en llegar fue George, macilento, con el rostro casi gris y la mirada alucinada.

—¡La garra! —Musitó cuando hubo cerrado la puerta—. Sólo esa cosa horrenda puede haber cometido esa salvajada…

—Tranquilízate —gruñó Kernigan, llenando una copa de coñac y ofreciéndola a su alterado amigo—. Habrá que avisar a la policía. Entre una cosa y otra va a desencadenarse el infierno aquí.

Wade Ivy apenas podía dominar el temblor de sus manos.

—Deberíamos marchamos todos de este lugar, tú el primero, George. Presiento que nos envuelve un poder demoníaco mientras estemos entre estas paredes…

—No digas tonterías. ¿Vas a perder los nervios tú también?

La voz de Kernigan había sonado dura y cortante.

—¿Se lo decimos a la servidumbre? —indagó Bodry.

—¿Y a las chicas?

Se quedaron silenciosos. Como materializando los pensamientos de cada uno de ellos, Kernigan gruñó:

—Por mi parte estaría mucho más tranquilo si ellas se fueran, George. Con un asesino lo bastante loco para cometer un crimen como ése resulta absurdo que dos mujeres se queden aquí, corriendo un riesgo innecesario.

—¿Vas a decirles tú que se vayan, Bob? Yo conozco a mi prima y es terca hasta la desesperación… Si decide quedarse…

En el ventanal estalló el chispazo de un relámpago, y casi al instante un trueno retumbó estremeciendo los cristales.

—Lo que faltaba —murmuró Ivy—, una tormenta…

Kernigan le miró, preocupado.

—¿Qué te sucede a ti, Wade?

Éste se encogió de hombros.

—Yo jamás fui un héroe —dijo sencillamente—. En eso siempre me distinguí de todos vosotros. Bueno, en eso y en otras cosas.

—Estás diciendo tonterías, muchacho —saltó Grayson, taciturno.

—Tengo un presentimiento, eso es todo.

—¿Alguien cree en presentimientos a estas alturas? —Cacareó Hugh Bodry—. Vamos, vamos, estás nervioso por lo ocurrido.

—¿Es que nadie nota nada?

—¿Qué infiernos hemos de notar? —Estalló Grayson al fin con su voz de trueno—. ¡Ya basta, hombre!

—Hay algo en esta casa, maldita sea mi suerte —insistió Wade Ivy, nervioso—. Un poder maligno… estoy seguro.

—Hay un asesino —dijo Kernigan suavemente—. Eso es todo lo que hay. O por lo menos, un asesino entró esta noche y mató a Willy. Éste es el hecho escueto y único.

—¿Olvidas la garra? —musitó George.

—Creo que eres tú quien debería olvidarse de esa garra… ¿Crees realmente que esa cosa ha matado a Willy de ese modo espantoso?

Tras un corto silencio, George Brittles susurró:

—Sí, lo creo.

Nadie replicó. Sólo Kernigan dejó escapar un bufido de impaciencia.

Había empezado a llover y el agua redoblaba sonora mente contra los cristales. Un trueno retumbó allá fuera, y otro casi simultáneo le hizo coro.

Para romper el silencio que había caído entre ellos, George murmuró:

—Despertaré a la cocinera para que prepare café para todos…

—Deja al servicio en paz. Empezarán a alborotar en cuanto sepan lo sucedido, de modo que cuanto más tarde lo averigüen tanto mejor.

Wade Ivy dijo casi con timidez:

—Yo puedo preparar café, George. Se me da bastante bien hacerlo. Cuando uno vive solo debe darse maña si quiere arreglarse.

—Está bien, pero no hagas demasiado ruido. La servidumbre duerme cerca de la cocina.

Ivy asintió y se fue.

Grayson se escanció coñac en una copa y encendió un cigarrillo.

—Habrá que enviar a alguien para avisar a la policía —comentó.

—¿Con ese tiempo?

—En un lugar aislado como éste deberías tener teléfono, George —reconvino Bodry.

—Ya lo he solicitado, pero por lo visto hay alguna dificultad en tender las líneas hasta aquí. De todos modos no creo que tarden mucho… pero hasta entonces hay que ir a Dornutt personalmente para cuanto se necesita.

—Envía al mayordomo cuanto antes —sugirió Kernigan—. Ese individuo no creo que le tema a una tormenta.

—Lamont irá si se lo ordeno, pero con una noche como ésta es demasiado arriesgado. La niebla puede extraviar a cualquiera por muy bien que conozca estos parajes. Esperaré a que amanezca por lo menos.

Kernigan estaba junto a los cristales del ventanal viendo caer el mar de lluvia que arreciaba por instantes azotando los árboles y el jardín sumido en tinieblas. De vez en cuando, un relámpago chispeaba en la oscuridad recortando nítidamente las formas de la vegetación, para dejarlas después sumidas en una negrura más absoluta que antes.

Sin volverse, dijo de pronto:

—Además de todos nosotros, George, ¿quién más conocía ese episodio de la India?

—¿Lo del viejo ladrón?

—Sí…

—No lo sé… He hablado de eso algunas veces. Ya sabes cómo son estas cosas, durante las reuniones del invierno. Cada uno aporta sus experiencias para hacer amena la charla… Aunque ese hecho en particular no creo que lo haya mencionado muy a menudo. ¿Tú sabes? Siempre me remordió la conciencia, para decirlo de algún modo.

—¿Qué conciencia ni qué…? —Estalló Grayson—. No pudiste hacer otra cosa. Además, aquel condenado viejo era un ladrón y se acabó.

—¿Por qué lo has preguntado, Bob?

Robert Kernigan tardó un poco en responder.

—No lo sé exactamente —dijo, pensativo—. Trato de encontrar una explicación lógica a lo que pasa aquí. Ha de existir esa

explicación porque me niego rotundamente a creer en garras fantasmales y asesinos del otro mundo. Estamos en mil novecientos, no un siglo atrás en que cualquier superchería podía calar en las gentes.

No le replicaron, quizá porque ninguno tenía nada que objetar, o tal vez porque en aquel instante se abrió la puerta y entró una mujer gruesa cargada con una gran bandeja en la que humeaba el café.

Era la cocinera y George se volvió en redondo al oírla entrar.

—¡Caramba, señora Thursday! —exclamó—. Al fin la hemos despertado…

—Oí al señor que bajó a la cocina y me levanté.

—Ivy, claro… ¿Dónde está, por qué no ha venido con usted?

La mujer dejó el servicio sobre la mesita y al volverse dijo, encogiéndose de hombros.

—Si me lo permite, señor, le diré que su amigo no me parece que esté en sus cabales, y disculpe mi atrevimiento, señor.

George enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Por qué dice eso? Wade Ivy sólo está algo nervioso.

La buena mujer sacudió la cabeza dubitativamente.

—Como usted diga, señor —concedió.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que hizo?

—Estaba hablando conmigo, señor, diciéndome la cantidad de café molido que debía poner en la cafetera por cada taza. Como si yo necesitara aprender mi oficio a estas alturas, señor. Francamente, una no está acostumbrada a estas cosas y…

—Al grano —se impacientó el dueño de la casa—. ¿Qué pasó?

—Sí, señor. Su señor Ivy estaba diciéndome todo esto, cuando de pronto se quedó callado, muy tieso. Pensé que había oído algo y traté de escuchar también, pero sólo se oía el ruido de la lluvia y el estruendo de los truenos. ¿Y qué diría usted que hizo entonces? Se dirigió a la puerta, la abrió y salió.

George dio un respingo.

—¿Quiere decir que salió al jardín con toda el agua que está cayendo?

—Ni más ni menos, señor. Le grité que esperara a que yo le trajera un paraguas, pero ya no lo vi.

Los hombres se miraron estupefactos.

George balbuceó:

—Es increíble… ¿Adónde diablos iría?

—Lo ignoro, señor —dijo la cocinera—. Estuve esperando que volviera corriendo, empapado y chorreando, pero al ver que no regresaba decidí traer el café antes que se enfriara.

—Claro, gracias, señora Thursday. Puede volver a acostarse.

Ella pareció un tanto perpleja por el poco interés que parecía haber despertado su historia.

Pero se dirigió a la puerta y salió.

—¿Alguien imagina qué diablos le dio a Wade para que saliera al exterior en una noche como ésta? —rezongó Grayson.

—No tengo la menor idea.

—¿Tú crees que huyó, Bob?

Éste sacudió la cabeza.

—No lo puedo creer. Wade ha sido siempre un pusilánime, pero no un cobarde. Además, esa manera absurda de abandonar la casa, en medio de la tormenta, cuando estaba hablando con la cocinera… No es normal ni lógica.

Apuraron las tazas de café. Había suficiente para repetir y llenaron de nuevo las tazas, inquietos y preocupados.

Los truenos se sucedían, y los continuos chispazos de los relámpagos, culebreando su luz en las cristaleras del ventanal, convertían en más siniestra aún una noche de pesadilla que cada uno, a su modo, trataba de asimilar, de explicarse mediante razonamientos lógicos sin que lo consiguieran.

Everett Grayson soltó un juramento con voz furiosa y dijo de pronto:

—Ha huido, no puede ser de otro modo en una noche semejante.

—¿Qué?

—Wade. Se ha largado como alma que lleva el diablo.

—No lo creo —opinó George—. El miedo no puede haberle impulsado a escapar de ese modo.

—Tal vez no fue sólo el miedo…

Todos le miraron intrigados. Kernigan frunció el ceño y gruñó:

—Creo que vas demasiado lejos, Everett…

—¡Qué infiernos! Las cosas como son, Bob. Atengámonos a los hechos. Y éstos son que Wade ha escapado sin importarle tener que sumergirse bajo una tormenta de los demonios. Bueno, si no ha

escapado por miedo a los fantasmas, sólo se me ocurre otra razón, y no me cabe duda que la policía opinará lo mismo en cuanto sepa lo ocurrido… Pensarán que es el asesino de Willy, ni más ni menos.

Si esperaba un coro de protestas quedó complacido, porque todos los demás alzaron sus voces en defensa de Wade Ivy… hasta que poco a poco fueron callándose, quizá porque, aparte de la explicación de Grayson, no se les ocurría otra más lógica o razonable.

—Yo no creo que Wade sea capaz de una cosa semejante —dijo Kernigan, furioso—. ¡Maldita sea, hombre! Dejémonos de tonterías.

—Ya verás si la policía cree que son tonterías…

George cortó la discusión. Y tal vez para sentirse más seguro de sus propias convicciones, fue a despertar al mayordomo, le informó de lo acaecido y tras esto le envió a Dornutt a lomos de un buen caballo…

CAPÍTULO V

Evidentemente, los policías no creyeron ni por un instante que la huida de Wade Ivy fuera ninguna tontería.

Cuando llegaron ya había despuntado el amanecer y una luz gris luchaba por abrirse paso por entre la niebla y el agua que seguía cayendo. Uno era el sargento Bramley, rechoncho, de cara rubicunda y ojos azules de mirada asombrada.

El otro se llamaba Ellsworth, era un simple agente y si no hubiera sido por el uniforme nadie le habría tomado en serio como policía.

Los dos escucharon el relato de los acontecimientos, el sargento tomando notas y el agente con una expresión azorada en su cara delgada.

Habían visto el espeluznante cadáver, había formulado sus preguntas y, al parecer, sacado sus propias conclusiones.

Y al final, el sargento Bramley dijo con su voz campanuda:

—Mientras no tengamos una explicación razonable de la huida de ese caballero… ¿Wade Ivy…? Sí —prosiguió después de consultar sus notas—. Wade Ivy. Decía que mientras no dispongamos de una explicación razonable para su precipitada manera de desaparecer, habremos de considerarle sospechoso en alto grado.

Kernigan gruñó entre dientes. Los demás guardaron silencio.

El sargento, satisfecho con su parrafada, se volvió hacia su ayudante.

—¿Ordenó a la servidumbre que se reuniera en la cocina?

El agente asintió con un cabezazo. Murmuraron unas disculpas y ambos salieron de la biblioteca para interrogar a los sirvientes.

Grayson rezongó:

—Todo lo que descubran esos dos tipos podrá escribirse en un

sello de correos y aún sobrará sitio…

Norah y su amiga habían sido puestas al corriente de la situación, aunque sin permitirles ver el cadáver. Fue la muchacha quien dejó oír su voz:

—Yo también pienso que tu amigo tenía algo que temer cuando escapó de ese modo, George…

Éste no replicó. En lugar de eso preguntó a su vez:

—¿Qué pensáis hacer tú y Theda?

—Quedarnos, por supuesto.

—¿A pesar de ese suceso horrible?

—Bueno, ni Theda ni yo creemos que el asesino vuelva… Por otra parte, supongo que nadie mata sin un buen motivo, y nadie puede tener ninguno contra nosotras. ¿O estás intentando echamos de aquí?

—Sería lo más sensato, señorita —terció Kernigan con aire sombrío—. Nadie sabe lo que hay en la mente de un criminal como el que nos preocupa.

—¿Por qué no se marchan también todos ustedes?

Era una buena pregunta y se quedó sin respuesta inmediata.

No les habían dicho una palabra de las extrañas alucinaciones de George, por lo unto tampoco podían explicarles las razones que les empujaban a quedarse junto a su amigo y anfitrión.

De modo que Norah decidió:

—Nos quedamos, querido George, a menos que no lleves en volandas a la estación.

Macilento, su primo esbozó un gesto de resignación.

Kernigan apretó los labios y tampoco dijo una palabra.

En cuanto a Grayson y Hugh Bodry aprobaron con entusiasmo la determinación de las muchachas.

De modo que se quedaron.

Durante las horas siguientes la policía retiró el cadáver de Willy Cook, formularon algunas preguntas más y se fueron.

Por la tarde dejó de llover, pero poco después de las cuatro, y debido a las nubes bajas y la niebla, oscureció y más allá de los muros de la casa todo fueron sombras y silencio.

Kernigan se había quedado solo en la biblioteca. Arrellenado en una butaca dejó correr su imaginación sin que pudiera desvelar ni remotamente el misterio que flotaba en el enorme caserón.

Cuando oyó abrirse la puerta no se movió. Por encima del respaldo de la butaca flotaba el humo de su cigarrillo y eso delató su presencia, por cuanto oyó la voz de Theda Grey que exclamaba:

—¿Está usted aquí buscando soledad, o admite compañía, caballero?

Kernigan gruñó, incorporándose:

—Su compañía siempre es bien recibida, señorita. ¿No quiere sentarse?

—Vine en busca de un buen libro, pero prefiero la conversación a la lectura en las actuales circunstancias…

Tomó asiento frente a Robert y con un mohín dijo:

—Ahora que estamos solos, y si no ha de escandalizarse, le agradecería mucho un cigarrillo. Me gusta fumar, ¿sabe?

—¿Por qué no?

Kernigan la contempló mientras ella saboreaba el humo aromático del cigarrillo.

—¿Y bien, va a decidirse a confiar en mí, señor Kernigan?

—¿Confiar…?

—No simule estar desconcertado. Usted no es hombre que se desconcierte fácilmente. Quiero saber qué es lo que sucede aquí.

—¿Le parece poco un crimen?

—Eso es marginal. Todos ustedes vinieron a esta casa por una razón concreta… Algo grave sin duda relacionado de algún modo con el primo de Norah. ¿Es una cosa tan sórdida y vergonzosa que no puede mencionarlo delante de una señorita?

—Temo que si le contara la verdad, usted se reiría de mí.

—Pruebe a ver.

Él sacudió la cabeza.

—Es un secreto que pertenece a George. Sin su autorización no estoy en condiciones de desvelar el misterio.

—Pero confiesa que hay un misterio…

—Sí, ciertamente lo hay.

—¿Relacionado con el crimen?

—Pudiera ser. Oiga, señorita Grey, ¿es que un asesinato ni siquiera las conmueve?

Ella se estremeció.

—Mucho más de lo que pueda parecer. Pero la insaciable curiosidad femenina es mucho más poderosa que todas las demás

consideraciones.

—Bueno, que me aspen… Quizá se deba a mis prolongadas ausencias de Inglaterra, pero estoy sorprendido Nunca imaginé que las jóvenes actuales pudieran dar muestras de una tan absoluta entereza…

—Ha tratado pocas jóvenes, ¿no es cierto?

—Muy cierto. En las selvas africanas no abundan, usted lo sabe.

—Tengo entendido que pasa usted la mayor parte de su vida en África…

—Así es.

—¿Por qué?

—Si me obligaran a responder lógicamente a ese «por qué» me vería en un aprieto. No creo que haya una explicación concreta. Simplemente, es la fascinación, el hechizo de las selvas, creo yo.

—Si le parece que ya hemos divagado suficiente, hábleme del misterio que rodea su venida, ¿sí?

El brusco cambio de tema casi desconcertó al cazador.

—Es usted una mujer de ideas fijas —refunfuñó.

Ella se echó a reír.

Antes que Kernigan pudiera replicar, un atroz alarido vibró en el aire estremeciendo el quieto silencio de la casona.

—¡Dios mío, es la voz de Norah! —chilló Theda levantándose de un salto.

Kernigan ya estaba junto a la puerta.

La muchacha corrió tras él escaleras arriba. De sus habitaciones salían presurosos Grayson y Bodry. De alguna parte del vestíbulo surgió George dando gritos mientras corría hacia la escalinata.

Kernigan llegó al rellano superior. Theda señaló un recodo del pasillo y ambos echaron a correr hacia allí desesperadamente, seguidos entonces de todos los otros.

—¡Es esa puerta! —jadeó Theda.

Kernigan trató de abrirla, pero estaba sólidamente cerrada por dentro.

—¡Norah! —rugió—. ¿Me oye, Norah? ¡Abra esa puerta!

No obtuvo respuesta.

Retrocedió. Por el rabillo del ojo vio la alterada expresión de la hermosa muchacha que parecía suplicarle algo.

Se desentendió de ella y tomando impulso se arrojó contra la

puerta cerrada.

Por poco no se rompió el hombro. La puerta era de madera recia y resistió el salvaje embate.

George llegó trotando, ahogándose de angustia.

—¿Tienes otra llave de esa puerta? —le espetó Kernigan.

—No creo…

—Bueno…

Sacó el revólver y apoyó el cañón junto a la sólida cerradura. Apretó el gatillo y la tremenda detonación estremeció las paredes.

Los sirvientes, con el cadavérico mayordomo en cabeza llegaron en el instante en que Bob apretaba el gatillo por segunda vez.

Apartó el revólver, tomó impulso y descargó un feroz puntapié contra la madera.

La cerradura cedió, casi arrancada de sus goznes.

Había una luz encendida sobre la mesa. Norah yacía sobre la alfombra tan quieta como si estuviera muerta.

Kernigan se dejó caer de rodillas a su lado.

—¡Sólo está desmayada! —exclamó al incorporarla.

La llevó en brazos hacia la cama.

Tras él, Theda jadeó:

—¿No está herida?

—Creo que no…

Norah comenzó a dar señales de vida. Parpadeó y cuando enfocó la mirada hacia el círculo de caras expectantes que la observaban dio un grito y trató de incorporarse. —Tranquilícese— dijo Kernigan—. No le ha sucedido nada.

—¿Dónde… dónde está…?

—¿Dónde está qué?

—Esa cosa…

George ahogó un quejido.

Los ojos desorbitados de la muchacha giraban en todas direcciones, como si esperara ver alguna visión de pesadilla.

Inclinado sobre ella, Kernigan murmuró:

—¿Qué la asustó, Norah?

—No sé… era algo que flotaba en el aire… una mano… como una garra. Venía hacia mí, los dedos curvados… descarnados…

Se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

George retrocedió tambaleándose y hubo de sentarse en una silla

para no desplomarse.

Kernigan se irguió indicando con una seña a Theda que atendiera ella a Norah.

Grayson parecía más desconcertado que nadie.

—¿Cómo diablos es posible? —rezongó—. Los dos creen haber visto la misma cosa… George y su prima…

—Salgamos de aquí —decidió Bob—. Norah se tranquilizará antes si está sola con Theda.

En el pasillo, Lamont, el mayordomo, dijo:

—¿Qué le sucedió a la señorita, señor?

George le miró como si no le viera.

Kernigan gruñó:

—Creo que tuvo una alucinación. Por favor, ¿quiere llevarse a los empleados, Lamont?

—Por supuesto…

Sus ojos de mirar inquietante se dirigieron un instante a la descerrajada puerta y luego empujó al resto de la servidumbre hacia las escaleras.

Cuando hubieron desaparecido. George susurro:

—¿Y ahora qué, Bob, aún insistes en que esa garra es sólo una pesadilla inexistente?

—Confieso que estoy desconcertado… Si Norah vio algo ahí dentro, ¿por dónde entró y salió esa cosa?

—No sería por la puerta.

—Ni por la ventana. Estaba cerrada —dijo Grayson.

—Es algo sobrenatural, creedme de una vez —insistió George, temblando violentamente—. Tal vez fuera conveniente considerar la idea de abandonar esta casa.

Kernigan se asomó por la puerta entornada. Theda volvió la cabeza desde la cama.

—¿Pueden quedarse solas, Theda? —murmuró.

—Creo que si… De todos modos en cuanto Norah se haya recobrado un poco más nos reuniremos con todos ustedes, abajo.

—Está bien.

Se dirigieron a la biblioteca. Llegaban al final de las escaleras cuando vieron a Lamont que introducía al sargento Bramley y volvía a cerrar el pesado portón de la entrada.

Se agruparon en torno al policía, inquietos y expectantes.

Bramley dejó pasar unos segundos, como si no encontrara las palabras adecuadas para decir lo que le preocupaba.

—Tenemos noticias del caballero desaparecido —dijo al fin.

—¿De Wade Ivy?

—Así era como se llamaba.

Hubo un tenso silencio.

—¿Qué le ha sucedido, dónde le encontraron? —estalló Grayson incapaz de dominarse por más tiempo.

—Fue encontrado en los raíles del tren… Por lo menos, lo que quedaba de él. Todo el convoy le pasó por encima…

—¿Cómo pudo ocurrir un accidente tan estúpido? —exclamó George, impresionado.

—No creo que fuera un accidente, señor Brittles… El cadáver, o lo poco intacto de él que hemos encontrado, tenía las muñecas y los tobillos atados con alambre.

Capítulo VI

Se habían reunido en la biblioteca después de cenar, esta vez con las dos muchachas también, puesto que Norah aún daba muestras de intenso nerviosismo.

Pero el más trastornado era, por supuesto, George Brittles.

—Nos marcharemos todos por la mañana —decidió de pronto, estremeciéndose.

—¿Y crees que así resolverás tu problema?

La voz seca de Kernigan le hizo girar en el sillón para enfrentarse a él, desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Que si la garra existe, y no me pidas que lo admita, seguirás viéndola vayas donde vayas. No está en esta casa, sino en ti.

—¿Y por qué también en Norah? Contra ella no puede tener nada…

—¿Quieres decir que crees que una garra puede pensar por sí sola, discernir a quién quiere destruir y a quién no? Vamos, George, seamos razonables…

—Yo la vi —terció Norah con voz débil.

Grayson intervino.

—¿No será que esa cosa, o la voluntad que la guía, quiere eliminar a los miembros de la familia de George solamente?

—Estamos marginando el hecho más significativo de todo esto —dijo Kernigan, sombrío—. La muerte de Willy.

—No hay nada que nos asegure que ambos hechos estén relacionados…

—¿Tú crees que no, Hugh?

Bodry esbozó un gesto de incertidumbre.

—Lo cierto es —dijo—, que no podemos estar seguros de nada. Si el asesino vino del exterior…

—Aunque así fuera, ¿por qué mató de aquella manera salvaje?

—¡Fue alguien del exterior! —Casi chilló George—. El mismo que atrapó a Wade, le ató con alambres y lo colocó en los raíles del tren…

Kernigan no replicó, pero se adivinaba por su ceñuda expresión que para él todo el misterio tenía otra explicación más complicada.

Sólo que tampoco podía hallar esa explicación.

La conversación decayó y se hizo el silencio. Luego, unos discretos golpes en la puerta casi les hicieron dar un brinco.

Lamont entró silencioso como de costumbre.

—¿Desean algo más, señor? —preguntó, deteniéndose junto a George.

—Nada, Lamont, gracias. Pueden acostarse si lo desean.

—Si me permite, señor… Los sirvientes están muy inquietos por todo lo sucedido y quisieran saber más de lo que se les ha dicho…

Brittles dio un respingo.

—¿Qué infiernos quieren saber? —estalló—. Han sido interrogados por la policía, saben que hubo un asesinato en la casa y otro fuera de ella… ¿Qué diablos piensan, que nosotros tenemos la solución de ambos crímenes?

Lamont no se inmutó poco ni mucho.

—Con el permiso del señor, yo no me refería a esos espantosos crímenes…

—Entonces, ¿a qué condenada cosa se refería?

—A lo que pasó en la habitación de la señorita Hardy…

George abrió la boca, desconcertado.

—No tengo nada que decir al respecto —gruñó—. Y eso es todo, Lamont.

El mayordomo titubeó un instante, como si estuviera dispuesto a insistir, pero lo pensó mejor y murmurando una excusa se retiró.

Tan pronto se hubo cerrado la puerta Brittles murmuró:

—Ya empiezan. Cuando averigüen la verdad saldrán de estampida dejándome solo. Ésa es otra razón por la que pienso en abandonar esta casa antes que sea demasiado tarde.

Kernigan dijo:

—Huyendo no resolverás tu problema. Y déjame hacer hincapié en que es «tu problema», George.

—Sí, claro, es mi problema.

—Pero quienes han muerto son Willy Cook y Wade. Y ellos vinieron aquí porque tú les llamaste en tu ayuda, lo mismo que todos nosotros.

Brittles se estremeció.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sólo por ellos, si no tuvieras otras razones, deberías enfrentar los hechos cara a caía hasta acabar con esta amenaza.

Grayson cabeceó.

—Creo que tienes razón, Bob. Por mi parte, me quedo.

Bodry se encogió de hombros.

—Puedes contar conmigo también, Kernigan —dijo—. Nunca me gustó volver la espalda a las dificultades.

Tras un silencio, George murmuró:

—Todo eso está muy bien, pero nadie piensa en las muchachas… A ellas no puedes exigirles que den la cara a los hechos…

—Por supuesto que no —estalló Kernigan—. Las acompañaremos a la estación, naturalmente. De cualquier modo, la decisión te corresponde tomarla a ti, de modo que piénsalo, George.

Norah suspiró.

—Tal vez he sido víctima de una pesadilla… quisiera quedarme hasta el final, George, y estoy segura que Theda piensa lo mismo que yo.

Theda estaba mirando a Kernigan con el ceño fruncido. No desvió la mirada cuando asintió con un gesto.

—Piénsenlo —dijo Bob—. Existe un riesgo terrible aquí. Decídanlo durante esta noche y cuando amanezca obraremos en consecuencia.

Las dos se levantaron. Theda dijo:

—Esta noche dormiremos juntas en mi habitación. Nos sentiremos más seguras. ¿Sabe un acosa, Kernigan? A mí nunca me asustaron los duendes, pero con todo lo sucedido aquí temo que cambiaría pronto de modo de pensar.

Salieron de la biblioteca dejando atrás el suave perfume de sus cuerpos y las palabras un tanto irónicas de Theda.

Kernigan refunfuñó un juramento.

—Están locas —gruñó después—. O yo me he perdido la evolución de la mujer, o estas dos son ejemplares aparte del resto…

Grayson se echó a reír.

—Por lo menos en belleza sí lo son —concedió—. Y tú las has impresionado. ¿Qué infiernos tendrás, hombre?

—La aureola de aventurero —dijo Hugh Bodry con sorna.

Abatido, sin participar de sus comentarios, George se levantó.

—Celebro que conservéis el buen humor —dijo estremeciéndose —. Ojalá esta noche no suceda nada que lo convierta en tragedia…

Murmuró una despedida y salió también de la biblioteca.

En el vestíbulo se detuvo el tiempo de encender un cigarrillo. Fue hacia el portón de entrada y comprobó que la recia puerta estuviera cerrada con llave. Luego se encaminó a las escaleras.

Subió lentamente, abatido, inquieto. Arriba recorrió el sombrío pasillo hasta la puerta de su habitación. Antes de abrirla aún titubeó unos instantes, temeroso de lo que pudiera esperarle al otro lado.

Sentía una tensión feroz, un temor que no le abandonaba ni un instante, de día y de noche. Al fin, empujó suavemente la puerta y vio el brillo amarillento de la lámpara encendida.

Lo que no vio fueron los ojos malignos que parecían flotar en las tinieblas del pasillo, junto al recodo. Unos ojos inmóviles, vigilantes, con el fulgor del infierno en sus profundidades.

George cerró la puerta a sus espaldas y apoyado contra ella dudó entre cerrarla con llave o no. De cualquier modo, la amenaza que se cernía sobre él no se detenía por una puerta cerrada. Y en última instancia, cerrándola dificultaría la ayuda que pudiera precisar en un momento determinado.

No dio vuelta a la llave. Aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesita y encendiendo otro se dejó caer sentado en la butaca.

La luz de la lámpara disipaba las sombras en torno, aunque apenas llegaba a los rincones que permanecían sombríos. Levantándose, George tomó la lámpara y se acercó uno tras otro a cada rincón asegurándose de que no había nada ni nadie allí.

Estaba solo, completamente solo. Volvió a sentarse, fumando nerviosamente, devanándose los sesos en busca de una desesperada salida a su situación.

Recordó la ventana y dio un salto, levantándose. Pero también el ventanal estaba firmemente cerrado. Suspiró, agotado por la tensión y los horribles sucesos de las últimas horas.

Comenzó a desvestirse. Pensaba en Kernigan, en la dureza

roqueña de su carácter, en su valor. Evocó episodios de un pasado ya lejano, cuando todos ellos erar, más jóvenes y carecían de toda preocupación, como no fuera la de vivir intensamente cada segundo de sus vidas.

Tal vez el único que ya en aquella época mostraba cierta debilidad de carácter había sido el pobre Wade Ivy…

Sintió un helado escalofrío al pensar en él y la manera atroz en que había encontrado la muerte. Se quedó inmóvil, como sumido en los recuerdos, el cigarrillo humeando en el cenicero.

De pronto una extraña lasitud le invadió y en el fondo de su conciencia se disparó en resorte de alarma. Sintió como si el mundo se detuviera, como si le envolviera un silencio inmenso, tan absoluto que casi dañaba los oídos…

El terror culebreó poco a poco por todos sus sentidos. Conocía esa sensación y deseó gritar con todas sus fuerzas porque estaba seguro de lo que iba a suceder, sólo que la voz no le obedeció y él se limitó a permanecer quieto, estremecido, sin atreverse a mirar en torno.

En lo más hondo de su subconsciente lanzaba una llamada de socorro. Invocaba el nombre de Kernigan. Kernigan y su valor. Kernigan y su revólver. Kernigan…

Giró locamente las pupilas y al fin pudo mover el cuello.

Casi no se sorprendió al ver la horrible zarpa sujeta al dosel de su lecho.

Estaba de nuevo allí, amenazadora, los dedos sarmentosos curvados como garfios de hierro enmohecido, las largas y sucias uñas semejantes a las de un ave de presa.

Era la garra del terror, de un horror sin nombre que empezara en cierto modo muchos años atrás, en un lugar de la India. La garra cercenada de un harapiento y viejo ladrón…

La miró fascinado, incapaz de hacer el menor movimiento, paralizado por el espanto.

La zarpa cubierta de piel semejante a viejo pergamino se desprendió del dosel. Los dedos se flexionaron lentamente, como distendiéndose, prontos a clavar las agudas uñas.

George boqueó en busca de aire, de voz. La garra se cernía allí, contra él… No le cupo duda de que había sido aquella cosa horrenda la que diera muerte a Willy Cook y se imaginó a sí mismo

despedazado por la fuerza del infierno que impulsaba el sucio despojo…

Se cubrió la cara con las manos, echándose atrás violentamente, jadeando, con un ahogado quejido escapando de su garganta…

El impulso hizo que la butaca se volcara hacia atrás y cayó con estrépito, sumido en una suerte de terrible letargo, dominado por las fuerzas que anulaban su voluntad…

El golpe de la butaca y el cuerpo de Brittles contra el suelo retumbó sordamente sobre las cabezas de Kernigan y los demás que estaban aún en la biblioteca.

Bob se levantó de un salto.

—¿Qué fue eso? —exclamó.

—Ha sonado arriba…

Se dirigieron precipitadamente a las escaleras. Se disponían a subirlas cuando Bodry chilló:

—¿Quién demonios dejó la puerta abierta?

Se volvieron hacia el portón. La enorme puerta de entrada estaba abierta, dejando penetrar el viento frío que agitaba los árboles y arrancaba extraños gemidos del follaje.

Kernigan salió al exterior, dando un vistazo en torno. Todo estaba oscuro como boca de lobo y retrocediendo cerró asegurándose de dar vuelta a la llave.

Entonces, arriba, brotó un sordo grito, un lamento de bestia herida que les paralizó un instante, para lanzarse como gamos escaleras arriba.

Corrieron hacia la habitación de George, el único que había subido a acostarse…

Kernigan abrió la puerta de golpe penetrando en la estancia como empujado por un huracán.

Sólo que se detuvieron en seco al ver a George Brittles caído de rodillas, la cara cubierta por las manos y la sangre deslizándose entre sus dedos. Balanceaba el cuerpo como un péndulo, de un lado a otro, dejando escapar una suerte de quejido animal, apenas sin voz.

Grayson maldijo a gritos y se precipitó hacia su amigo, levantándolo con violencia.

—¿Qué diablos pasó, George? —bramó.

Poco a poco, Brittles apartó las manos de la cara. Vieron sus ojos

desorbitados, unos ojos de loco, mirándoles sin verles. Pero vieron también los surcos sangrientos en su mejilla izquierda, profundos, manando sangre que empapaba el cuello de su camisa abierta…

Kernigan gritó:

—¡Hugh, quédate en la puerta y vigila el pasillo!

Él saltó hacia la ventana. Estaba cerrada y asegurada con un sólido pasador de hierro.

Encendió la otra lámpara y escudriñó los rincones, las paredes, golpeando aquí y allá. Eran muros sólidos y no pudo hallar nada que pareciera sospechoso.

Tendido en el lecho, George Brittles había dejado de gimotear y parecía sumido en un estado cataléptico, incapaz de reaccionar. Sólo sus ojos tenían vida, y eran los ojos de un demente en todo caso.

Grayson se volvió, desconcertado.

—¿Nada, Bob?

—Nada. Estas paredes son sólidas como un muro de granito.

—Pero si había alguien aquí no pudo escapar sin que le viéramos… no tuvo tiempo material desde que oímos el grito hasta que subimos las escaleras.

—Pudo huir hacia el otro extremo del pasillo… ¡Condenación! Si está en la casa lo encontraré. Cuidad de él.

Kernigan saltó hacia la puerta rechinando los dientes. El pasillo, por el lado del recodo, estaba muy oscuro. Sacó el revólver y avanzó cautelosamente, tenso y alerta como en plena selva.

De pronto oyó pasos ante él, al fondo del nuevo pasillo por el que se internaba. Quedó inmóvil, agazapado en las tinieblas, y muy despacio levantó el martillete del revólver.

Había consumido muchas horas de su vida al acecho de las grandes fieras de la selva, en una lucha feroz que conocía bien, noble cuando se trataba de un león, traicionera y vil cuando la pieza herida y oculta era una pantera sedienta de sangre…

Entonces oyó el susurro de una voz, y era una voz de mujer.

Se relajó casi con violencia. Instantes después, las dos muchachas aparecieron en la oscuridad, apenas unas siluetas envueltas en flotantes prendas de noche.

—No se asusten —dijo, dominando su voz—. Soy Kernigan. ¿No han visto a nadie, no han oído correr a alguien por este pasillo?

—¡Dios, qué susto nos ha dado usted! —jadeó Theda, deteniéndose a su lado.

A pesar de la oscuridad, Kernigan no pudo evitar un estremecimiento al descubrir la blanca y turbadora profundidad del escote de la muchacha. Levantó la mirada hacia su rostro y tropezó con sus ojos profundos e inquietos.

—¿Vieron a alguien? —insistió.

—A nadie. ¿Qué sucedió? Oímos un grito y el alboroto de muchos pasos…

—Alguien atacó a George…

Norah no pudo contener un grito de alarma.

—Tranquilícese, está vivo. Tiene sólo unos arañazos en la cara… Creo que será mejor que vuelvan a su aposento. Quiero registrar esta parte de la casa, ¿entienden?

Tras una vacilación, las dos muchachas asintieron y él las escoltó hasta el dormitorio de Theda.

—Cierren con llave —dijo—. Y no abran a menos de que se lo diga yo personalmente. ¿Lo harán?

—Cuente con ello, Kernigan —musitó Theda.

La silueta de la hermosa muchacha, recortándose contra la luz del cuarto, turbó aún más al aventurero.

Durante unos largos instantes estuvieron mirándose fijamente uno al otro y Kernigan notó un calor desconocido culebreándole por todo el cuerpo.

Ella susurró:

—Tenga cuidado, Kernigan, por favor…

—Sí… La veré después.

Ella cerró la puerta y Bob esperó a oír girar la llave en la cerradura.

Entonces reanudó la caza.

La más extraña caza de su vida.

Capítulo VII

Una hora más tarde, ceñudo y furioso, regresó al dormitorio de George sin haber descubierto el menor rastro de ningún extraño.

Grayson le miró interrogativamente.

—Nada —gruñó Kernigan—. Es como si se hubiera esfumado en el aire. Claro que no conozco todos los recovecos de este condenado caserón. ¿Cómo está George?

—No reacciona.

Estaba como idiotizado, tendido en la cama, la mirada perdida, musitando palabras ininteligibles.

—¿No ha dicho qué fue lo que le atacó?

—Ni media palabra, pero de cualquier modo al curarle los arañazos he visto lo suficiente para saberlo, Bob —dijo Hugh Bodry con voz sorda—. Sólo pudo producirlos una garra como la que él nos describió… con uñas largas y afiladas.

—Es para volverse loco… ¿Cómo una garra así puede actuar como si tuviera voluntad propia?

—¿Están bien las muchachas, Bob? —terció Grayson.

—Sí. Las he dejado encerradas en la habitación de Theda.

Entonces descubrió al mayordomo, rígido más allá del lecho, sombrío como de costumbre.

Sorprendido, gruñó:

—¿Lo sabe ya, Lamont?

—Sí, señor.

—¿Y qué opina?

—Ojalá tuviera una opinión, señor.

—Bueno, antes de nuestra llegada debió darse cuenta de que algo le sucedía al señor Brittles…

—Advertí su creciente nerviosismo, y que algunas noches ni siquiera se acostaba. Lo atribuí a los nervios y me permití

aconsejarle que se hiciera examinar por un buen doctor. Me mandó callar y ya no volví a insistir. Pero esto de ahora… La verdad, señor, me resisto a creerlo.

—¿Podemos confiar en que no informará al resto del servicio, Lamont?

—Cuente conmigo, señor, aunque no sé hasta cuándo será posible mantenerles ignorantes de lo que pasa…

—Inténtelo por lo menos. Otra cosa, Lamont. ¿Quién cierra las puertas cada noche?

—Yo, señor.

—¿Cuándo cerró la puerta principal?

—Después de servir la cena, señor. La cerré con llave, igual que cada noche.

—¿Está seguro?

—Absolutamente, señor.

Grayson gruñó, disgustado.

—La encontramos abierta cuando el señor Brittles gritó y salimos de la biblioteca, Lamont —dijo Kernigan.

—No puedo comprenderlo… Juro que la cerré como de costumbre.

—No dudo de su palabra, Lamont. ¿Han oído algo sus compañeros?

—No creo, señor.

—Bien, es mejor así.

—¿Puedo hacer algo aquí, señor?

—Nada, Lamont, gracias.

El mayordomo inclinó la cabeza y salió silencioso como una sombra.

Bodry se estremeció.

—Ese tipo me produce escalofríos —refunfuñó.

Kernigan se inclinó sobre George.

—Soy Bob Kernigan, muchacho. ¿Me oyes?

George ladeó la cabeza y sus ojos desorbitados le miraron con una expresión ausente en ellos.

—¡Reacciona, maldita sea! No pasa nada… estás bien, ¿entiendes? ¡Estás bien, hombre!

—Bob…

—Ajá. ¿Qué sucedió?

Lentamente, George se llevó la mano a la mejilla. Encontró el apósito adhesivo con que le habían curado y se estremeció.

—Me atacó —dijo en un susurro—. La vi… acercándose contra mí…

—¿La garra?

—Sí, Bob…

—¿Y estabas solo en la habitación, estás seguro, no viste ni oíste a nadie?

Desesperado, George sacudió la cabeza.

—¡No, no! Estaba completamente solo.

—Sigue. ¿Cómo te atacó?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿qué hizo la garra, se lanzó recta contra tu cara, o se acercó despacio, o descargó un zarpazo? Es importante, George, trata de recordar.

—No lo sé…

—¡Tienes que saberlo, maldita sea! Te atacó, de eso no cabe duda.

—¡Recuerdo que me cubrí la cara con las manos! Estaba horrorizado… quería gritar y no podía…

Bruscamente, Kernigan atrapó las dos manos de Brittles y le obligó a extender los dedos ante él.

—¿Qué estás haciendo?

—Te arrancaron tiras de piel, muchacho… quiero ver tus uñas.

—Entiendo, sigues pensando que… que lo hice yo mismo en un ataque de pánico… en un movimiento reflejo…

—Quiero eliminar posibilidades.

Examinó una a una las uñas de su amigo. No había en ellas el menor rastro de piel, aunque las manos estaban aún sucias de sangre.

—No me herí yo mismo —suspiró George, desesperanzado.

—Ya lo veo, pero necesitaba estar seguro.

Los ojos desencajados de Brittles se clavaron en él y susurró:

—¿Qué va a pasar esta noche, Bob?

—Supongo que nada.

—No… no quiero volver a estar solo.

—Yo me quedaré contigo —ofreció Grayson, ceñudo—. Y si esa garra o lo que sea vuelve te aseguro que a mí no me arañará.

George expresó con una sola mirada el alivio que esta solución le producía.

Minutos después, Kernigan y Hugh Bodry abandonaban el cuarto para dirigirse cada uno a su propio dormitorio.

Cuando hubieron salido, Grayson cerró la puerta con llave, encendió un cigarrillo y sentándose en la butaca se dispuso a esperar.

* * *

Theda permanecía tendida en la cama, al lado de Norah, oyendo la acompasada respiración de su amiga y dejando volar su imaginación.

No se sorprendía demasiado de que esa imaginación tomara continuamente la forma de Bob Kernigan. Ningún otro hombre la había impresionado jamás como lo hiciera el aventurero africano.

Quizá fuera por su aureola romántica, o tal vez por su hercúlea figura y cara cobriza, tan tostada por el sol del trópico que casi parecía un hombre de otra raza en un lugar como Inglaterra donde la piel extremadamente blanca era una característica racial.

El caso es que pensaba en él. Tenía los ojos abiertos y fijos en un punto invisible del techo, y en un momento determinado sonrió al preguntarse a sí misma si le gustaría la vida en las selvas…

Norah se volvió de costado, murmurando algo en sueños.

Ella suspiró. No podía conciliar el sueño a pesar de sus esfuerzos, y estaba segura que no era debido a los terribles sucesos que la habían estremecido.

Era algo más, algo que brotaba de las profundidades de su propio ser.

¿Del corazón, tal vez?

Sacudió la cabeza. Estaba pensando que no se había enamorado nunca y que ahora posiblemente lo estuviera, cuando oyó los pasos cautelosos en el pasillo, apenas un roce de pies sobre el suelo.

Contuvo el aliento y aguzó el oído.

No cabía duda. Alguien se aproximaba por el pasillo.

Estuvo tentada de despertar a Norah, pero luego se dijo que posiblemente se tratara de Kernigan que regresaba de su registro y casi saltó hacia la puerta.

Entonces, los pasos se detuvieron al otro lado y el pomo de la

cerradura giró con infinitesimal lentitud.

Theda sintió el pánico culebrear por todos sus miembros.

Sabía que había alguien al otro lado de la puerta, tratando de abrirla… El pomo al girar produjo un leve chirrido. Luego, quedó quieto porque la puerta estaba cerrada con llave por dentro. Los pasos, algo más rápidos, se alejaron por el pasillo y en un instante se hubieron desvanecido en el silencio.

Temblando, Theda se incorporó hasta quedar sentada.

Si pudiera llamar a Kernigan…

Pero para ello tendría que salir, y la sola idea de tropezarse con el cauto merodeador nocturno puso hielo en su corazón.

No obstante, se deslizó fuera del lecho procurando no turbar el sueño de su amiga, y, descalza, se pegó a la puerta escuchando con todos los sentidos tensos.

No oyó nada, sólo la increíble quietud resaltada por el gemido del viento más allá de las ventanas.

Luego, lejano, sin que pudiera estar muy segura de haberlo oído, percibió el chasquido de una puerta al cerrarse.

Regresó a la cama, se cubrió con las sábanas y al notar la proximidad del cuerpo de Norah pensó sin ningún rubor que se habría sentido mucho más segura si en lugar de la muchacha dormida, hubiera podido sentir la proximidad de Bob Kernigan…

Entre unas cosas y otras no pudo dormir en toda la noche.

CAPÍTULO VIII

Kernigan se vistió después de tomar un baño y plantado ante la ventana de su dormitorio paseó la mirada por el jardín selvático, los árboles centenarios y los jirones de niebla que flotaban entre ellos.

El viento había cesado y pesadas nubes se cernían muy bajas, preludio de nuevas lluvias sin duda.

Apenas sin darse cuenta echó de menos el sol de África, la explosiva luz de sus amaneceres tropicales, la algarabía alegre y multicolor de millares de aves de todos los plumajes.

En contraste, el silencio que imperaba en torno a Middel Manor le enervaba, un silencio debido sin duda a los sombríos pantanos y a la niebla casi constante.

Sacudió la cabeza, sujetó el revólver bajo el cinturón y enfundándose la chaqueta abandonó la habitación.

Llamó con los nudillos en el cuarto de Grayson. Su amigo respondió con un soñoliento gruñido.

—¿Estás acostado todavía? —le espetó.

—¡Maldita sea, apenas hace una hora que me quedé dormido…!

Desgreñado, Grayson abrió la puerta. Llevaba el pijama y una impresionante cara de sueño.

—Dejé a George profundamente dormido y vine a acostarme… —Bostezó y se alborotó aún más los cabellos—. ¿No ha sucedido nada más esta noche?

—Que yo sepa no. Dormí como un tronco desde que me acosté. ¿Bajas a desayunar o qué?

—Seguro… Voy a despejarme con una ducha y me reuniré contigo abajo.

Cerró la puerta y Kernigan anduvo por el oscuro pasillo hacia las escaleras.

Vio a las dos muchachas en el comedor y tras saludarlas

efusivamente se sentó a la mesa.

Theda clavó la mirada en él y murmuró:

—¿Cómo le fue anoche, Bob?

Él no dejó de advertir la familiaridad del nuevo trato y se alegró.

—Fracasé —dijo—. No pude hallar nada sospechoso. Y ustedes, ¿descansaron al fin?

—Yo si —dijo Norah—, pero Theda dice que apenas pudo dormir…

—¿Por qué, nervios quizá?

—Dígame una cosa, Bob —se decidió la muchacha—. ¿Volvió usted más tarde a nuestra habitación, para comprobar si la puerta estaba cerrada con llave?

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—No, no lo hice. ¿Por qué?

—Alguien se acercó por el pasillo, Bob… alguien que tomaba muchas precauciones. Se detuvo ante nuestra puerta y trató de abrirla haciendo girar el tirador. Como estaba cerrada se alejó.

Él sintió un escalofrío.

—¿Está segura?

—Completamente. Incluso salté de la cama. Yo… Bueno, al principio pensé que era usted y estuve a punto de abrir. ¡Dios! Ahora me alegro mucho de no haberlo hecho.

—De modo —murmuró él, preocupado—, que alguien deambuló anoche por los pasillos de arriba…

Se interrumpió ante la llegada de George Brittles. Tenía el rostro demacrado, macilento, y los ojos enrojecidos. El apósito que cubría las heridas de su mejilla acentuaba, si cabe, el color ceniciento de su piel.

—Buenos días a todos —dijo, sentándose con gesto cansado.

—¿Cómo te sientes?

—Igual que si me hubieran pasado por una máquina de trinchar carne… ¿Qué pasó con mi guardián? Grayson se ha esfumado.

—Se acostó cuando vio que dormías.

—¡Valiente escolta! —Se quejó el dueño de la casa—. Podían haberme matado un millón de veces…

—No digas tonterías.

Lamont apareció en la puerta, rígido como de costumbre, sus ojos sombríos sin expresión aparente.

Tomó el encargo de los desayunos de ambos hombres y se retiró.

Pero casi al instante volvió a asomar la cabeza y con voz contenida dijo:

—Señor…

Se volvieron. Algo le había pasado a su expresión en los escasos segundos transcurridos entre una y otra aparición.

—¿Qué pasa, Lamont? —suspiró George.

—Señor Kernigan… Por favor, ¿le importaría salir un instante?

—Claro que no, Lamont…

Se disculpó ante las muchachas y siguió al mayordomo fuera del comedor.

Lamont señaló las escaleras.

—Acabo de verlo —musitó—. Son huellas que descienden…

—¿Huellas?

Había un gran ventanal que ocupaba una gran parte de un muro, a la derecha de la escalinata. La luz del mismo se había incrementado al avanzar el día, y a esa luz el mayordomo señaló las extrañas manchas en los escalones.

Kernigan contuvo el aliento. Eran huellas de pies calzados. Huellas oscuras, parduscas, y se debilitaban a medida que descendían hasta desaparecer en los últimos escalones.

Los dos hombres se miraron, perplejos.

De pronto, Kernigan levantó un pie y examinó la suela de su zapato. Estaba evidentemente sucia, del mismo color que las huellas.

—¡Dios bendito! —jadeó.

Echó a correr escaleras arriba. Tras una vacilación, Lamont le siguió.

Cuando desembocó en el rellano vio abrirse la puerta del dormitorio de Grayson, y a éste que salía ajustándose la chaqueta.

—¡No te muevas! —gritó.

Grayson se inmovilizó, sorprendido.

—¿Qué diablos pasa?

—Hay sangre en alguna parte… Yo la he pisado, y George también, dejando huellas en las escaleras al bajar…

—¿Sangre? —exclamó Grayson, ahogándose.

Lamont estiró el brazo, rígido como un palo.

—¡Allí, miren!

La mancha se extendía delante de la puerta del cuarto de Hugh Bodry, deslizándose por debajo de la madera. En la oscuridad anterior, ni Kernigan ni Brittles la habían visto, aunque la pisaron inconscientemente.

Durante unos terribles instantes, los tres hombres permanecieron inmóviles, sobrecogidos ante lo que podía estar esperándoles al otro lado de aquella puerta.

Casi sin voz, Grayson musitó:

—¡Hugh!

Bordeó la mancha del suelo y empujó la puerta.

Kernigan se asomó con él.

Hugh Bodry yacía en el suelo, a dos pasos de la puerta. Su cabeza estaba machacada y una garra demencial le había desgarrado la cara y el torso. Su obeso cuerpo parecía haberse empequeñecido incluso.

Ninguno habló. El horror sin nombre de lo que veían no requería palabras porque hablaba por sí solo.

Tras ellos, Lamont dejó escapar un sordo quejido y retrocedió a trompicones, cubriéndose la cara con las manos.

Kernigan farfulló:

—Vamos, cálmese…

Lamont parecía a punto de desmayarse. Su cara cetrina y desagradable tenía una expresión curiosa, de pánico o incredulidad.

—No es posible —jadeó—. No puede ser cierto…

Se quedó en el otro lado del pasillo, apoyado de espaldas en la pared, jadeando y estremeciéndose.

—Y es el tercero, Bob… —balbució Grayson—. ¿A quién le tocará ahora?

—Es preciso acabar con esto de una vez…

—Sí, pero ¿cómo?

—Maldito si lo sé. Lamont…

—¿Señor?

—Tome un caballo y vaya a Dornutt. Avise al sargento Bramley, y pídale que traiga con él todos los agentes de que pueda disponer. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Dese prisa. Pero no hable de esto con nadie de la casa. No quiero que cunda el pánico aún.

El mayordomo se fue tambaleándose. Grayson rezongó:

—¿Por qué demonios se ha aterrorizado tanto? Un tipo con esa cara debiera tener más entereza. Después de todo, Hugh no significaba nada para él.

—Ya pensaremos en eso más tarde. ¿Estás dispuesto a echarme una mano?

—¡Seguro!

—Ve abajo y dales la noticia a George y las chicas, pero que no suban aquí. Luego, le pides los planos de la casa… Todos los que posea, y esperadme en la biblioteca.

—De acuerdo.

Cuando quedó solo, Kernigan se aplicó a examinar el suelo pulgada a pulgada, desde el cadáver de Bodry hasta el pasillo. No pudo hallar ni una sola huella. Era como si el asesino se hubiera mantenido en el aire en lugar de pisar el suelo en torno a su víctima…

Luego recapacitó y llegó a otra conclusión, pero tampoco eso le tranquilizó, muy al contrario.

Contrariado, retrocedió y abrió todas las ventanas de los pasillos, ganando el máximo posible de luz.

Una hora más tarde no quedaba una pulgada de suelo que no hubiera examinado minuciosamente.

Rechinando los dientes, entró en la biblioteca donde le esperaban sus amigos y las dos jóvenes, expectantes y terriblemente trastornadas.

Grayson gruñó:

—¿Y bien?

—Le mataron del mismo modo que a Willy.

—Eso ya lo vi. Pero ¿quién?

—Eso no lo sé, pero no fue ningún fantasma, Everett.

—Confieso que estoy predispuesto a creer en cualquier cosa después de todo lo que está sucediendo…

—Aparte de la identidad del asesino, sólo existe un misterio para mí. ¿Por qué Hugh abrió la puerta a su asesino, por qué no luchó, por qué no gritó? Era un hombre fuerte, pudo presentarle batalla a su asaltante y por poco ruido que hubiese hecho yo lo habría oído.

—Quizá no le dieron tiempo…

—Seguro que no. Pero él abrió la puerta. Hay la llave puesta en

la cara interior de la cerradura. Él abrió, vio al asesino sin duda, pero no gritó. Tal parece que ni siquiera se alarmara. Entonces, el asaltante le golpeó con algo terriblemente pesado que le hundió el cráneo. Tengo la seguridad que cuando hizo todo lo demás, Hugh ya estaba muerto.

Theda jadeó:

—Tiene una manera muy gráfica de explicar estas cosas, Bob… pero, por favor, no lo repita.

—Lo siento. ¿Trajiste los planos, George?

—Están sobre la mesa. Les hemos dado un vistazo, pero no existen pasadizos secretos ni cosas así en Middel Manor. Porque imagino que es eso lo que pretendes encontrar.

—Efectivamente. Sin embargo, puede que existan sin que el plano los especifique. Habrá que medir el grueso de las paredes y las habitaciones, tal vez no concuerden con los planos. Por eso pedí que el sargento trajera a todos sus hombres disponibles.

—Ya veo… ¿Crees realmente que hay un criminal oculto en algún lugar secreto de la casa?

—Maldito si lo sé. Hay demasiadas cosas incomprensibles en todo este terrible drama, Grayson. Alguien abrió la puerta principal anoche, después que Lamont la había cerrado como es habitual. Alguien se deslizó por el pasillo después que yo lo había registrado todo y trató de abrir la puerta de la habitación de Theda… ¿Quién?

—Ésa es una buena pregunta, viejo —gruñó Grayson.

—¿Y por qué abrir la pesada puerta principal? Supongamos que el asesino llegó del exterior. ¿Por qué entrar por el lugar más difícil, puesto que es más fácil tropezarse con alguien en el vestíbulo que en cualquier otra parte de la casa? Hay otras puertas menos sólidas, multitud de ventanas… Pero no, utilizó la puerta principal y la dejó abierta por añadidura.

—¿Piensas que fue sólo un truco para hacernos creer que alguien había entrado, cuando no fue así?

—Pudo ser eso, o todo lo contrario.

—¿Qué?

—Alguien pudo haber entrado, realmente. Alguien que por alguna razón sólo podía colarse por esa puerta. Dejándola abierta descaradamente, nos inducía a creer que era un truco de alguien de dentro, alguien que trataba de hacernos creer que llegaba de

fuera…

—De cualquier modo, quien fuera tiene una mente condenadamente retorcida, Bob.

—Debe tenerla para matar como lo hace. A propósito, ¿alguien de vosotros salió de la casa ayer?

George sacudió la cabeza de un lado a otro.

Grayson negó también.

Theda murmuró:

—Nosotras no nos movimos de la casa, Bob…

—Bueno, pues en el pasillo de arriba, más allá del recodo, había un pequeño trozo de barro y aún estaba húmedo cuando lo encontré, hace media hora.

Quedaron silenciosos, impresionados porque cuanto más pensaban más extraño se les aparecía todo.

¿Había entrado alguien del exterior o no?

Y si no había entrado nadie… entonces el asesino estaba dentro de la casa.

George dijo:

—Estamos devanándonos los sesos de una manera absurda. Nadie entró, ni nadie estaba oculto aquí. ¿Por qué no pensáis en la garra maldita? ¡Esa zarpa asesina, Bob! Ella está aquí. No necesita abrir puertas ni ventanas… ¡Está dentro!

Norah dejó escapar un leve quejido.

—Es cierto, Kernigan… Yo también la vi. Creo que si no hubiese gritado…

—Tranquilízate, querida —murmuró Theda, pasándole el brazo por los hombros.

Kernigan se levantó y fue a dar un vistazo a los antiguos y bien conservados planos de la inmensa construcción.

Examinar todas aquellas dependencias buscando discordancias entre los planos y la construcción iba a resultar una tarea interminable…

Tras él, Grayson dijo:

—También me parece muy extraño el modo como el mayordomo ha reaccionado al ver el cadáver de Hugh… ¿Qué opinas tú, Bob?

—Sí, pareció a punto de desmayarse, como si no pudiera creer que Hugh Bodry estuviera muerto de aquel modo. Nos ocuparemos de Lamont cuando regrese. Tengo la impresión de que ese hombre

sabe más de lo que aparenta…

—Confío plenamente en él, Bob —protestó George—. Lamont es leal, y a pesar de su inquietante rostro es también una buena persona.

—Tal vez, pero quiero hacerle algunas preguntas.

George Brittles se levantó, nervioso y alterado.

—¡Maldita sea, Bob! No adelantaremos un paso de este modo. Todo gira en torno a la garra, ¿no lo comprendes? ¡Esa zarpa demoníaca es el único asesino!

Norah murmuró:

—Yo opino como tú, George…

Kernigan soltó un sordo juramento.

—Aceptado —dijo rechinando los dientes—. Esa zarpa existe, los dos la vieron, y a ti te atacó dos veces…

—¡Seguro, Bob! Puedo jurarlo sobre una montaña de biblias.

—Esa garra está aquí, lo acepto. Quiere destruirte… procede de tu pasado, de la India.

—Estoy seguro.

—Entonces, ¡maldita sea, George! ¿Por qué mata y despedaza a todos los demás menos a ti?

Estas palabras cayeron como una bomba y tuvieron la virtud de dejarles mudos de estupor a todos.

Y no hubo ninguna respuesta a la terrible pregunta, claro.

CAPÍTULO IX

Durante todo el día, los policías habían realizado minuciosas mediciones, buscando aposentos secretos o lugares ocultos, factibles de ofrecer escondite a un feroz asesino del que ninguno tenía la menor idea sobre su identidad.

Luego, fracasados, descorazonados, con un sargento desconcertado e impotente, se retiraron y la casa recobró el acostumbrado silencio, con el crepúsculo llenando de sombras el parque y el pantano enviando jirones de niebla cada vez más espesos.

En la biblioteca, Kernigan se sirvió una buena dosis de coñac y encendió un cigarrillo, cansado y nerviosa Theda, junto a él, musitó:

—Ahora es cuando considero razonable la idea de marcharnos de aquí, Bob.

—Sí, yo también… aunque por hoy es ya demasiado tarde para aventurarse en medio de la niebla.

—¿Crees… crees que volverá?

No pronunció el terrible epíteto de «el asesino», pero no era necesario.

Kernigan se encogió de hombros y se quedó mirándola con una extraña ternura.

—Nadie lo sabe —murmuró—. De cualquier modo, ahora estamos todos tan asustados que no podrá sorprender a nadie más. Habrá de arriesgarse y luchar… y en ese terreno lleva las de perder.

—He hablado con Norah esta tarde respecto a la aparición de esa garra, o lo que quiera que sea… Ella está firmemente convencida de que la vio, lo mismo que George. Norah se lo ha repetido a él también. Los dos la han visto, y, sin embargo, tú no pareces tomarla en consideración.

—Sí pienso en ella, aunque me resisto a creer que una garra más o menos fantasmal pueda obrar con inteligencia sin una voluntad que la guíe.

Hubo un silencio que rompió la muchacha poco después:

—¿Me llevarás a Londres cuando amanezca, Bob?

—Supongo que si los demás no cambian de idea nos marcharemos todos. Incluida la servidumbre… Es curioso. Me pregunto de qué hablaremos tú y yo en Londres, libres de esta pesadilla.

Ella esbozó una sonrisa.

—Yo te ofreceré todos los temas que quieras. Y daré por bien empleado todo lo vivido aquí, toda esta pesadilla, a cambio de haberte conocido.

Él inclinó la cabeza y rozó sus labios con un beso fugaz.

—¿Crees que los demás se han dado cuenta de que… de que tú y yo…?

—Habrían de ser muy tontos para no advertirlo. ¿Te importa?

—En absoluto.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos, y un instante después Lamont entraba, rígido como de costumbre, su cara inquietante más cenicienta si cabe.

—¿Me llamó, señor?

—Ciertamente, Lamont… ¿Quieres dejarnos solos ahora, por favor?

Theda se levantó y abandonó la biblioteca, cerrando la puerta.

Kernigan encendió un cigarrillo y se quedó mirando al mayordomo con sus ojos duros y brillantes.

—¿No cree que ha llegado la hora de que hable, Lamont? —le espetó sin rodeos.

—Temo que no le comprendo, señor.

—¡Si me comprende! Usted oculta algo referente a lo que sucede en esta casa. No puedo imaginar qué es ni por qué no se decide a confiar en mí, o en George, por ejemplo.

—Le aseguro, señor…

—¡Ya basta! Sabe usted todo lo que viene sucediendo hasta los menores detalles. Se le dijo que aparecía una garra fantasmal que amenazaba al señor Brittles; que había amenazado a la señorita Norah, y, si bien le impresionó la noticia no pareció alterarle lo más

mínimo.

El mayordomo no replicó, limitándose a desviar la mirada.

—En cambio, cuando vio el cadáver del señor Bodry por poco no se desmayó. Y no fue la visión de la sangre… fue algo más complicado que eso. Usted no daba crédito a sus ojos, como si aquel cadáver no debiera haber estado allí…

—Creo que son figuraciones suyas, señor…

Kernigan avanzó hacia el mayordomo y se detuvo a un paso de él, alto, recio y poderoso, con una ceñuda expresión en su rostro curtido y enérgico.

—No le concederé otra oportunidad, Lamont. Entre otras razones, porque su silencio puede favorecer a un asesino salvaje y sádico que puede volver a matar.

El mayordomo se estremeció visiblemente.

—Puedo jurarle, señor, que no sé nada en absoluto del criminal ni de los crímenes. ¡Tiene que creerme! Es algo tan horrible que si pudiera ayudar a descubrirlo lo haría…

—Entonces, Lamont, ¿qué es lo que sabe usted?

El mayordomo calló. Kernigan disparó la mano derecha y su poderoso puño se cerró apresando la impecable pechera de la camisa de Lamont.

—¡Hable de una condenada vez! —exclamó, zarandeándole, casi levantándole en vilo.

Lamont no trató de resistirse. Parecía haber perdido la voluntad.

—No puedo, señor —jadeó al fin—. Es un secreto que no me pertenece…

—¿A quién pertenece entonces?

—Deme tiempo, señor… Pero créame cuando le digo que no se trata de nada relacionado con los crímenes… Éstos no debieran haberse producido nunca… y de ese modo…

—Está agotando mi paciencia, Lamont.

—Deme tiempo —repitió con un hilo de voz—. Lo plantearé a la otra persona, y si me autoriza… si desiste…

—¿Si desiste de qué, maldita sea?

Lamont no respondió tampoco. Kernigan sintió tentaciones de golpearle, pero se contuvo con visible esfuerzo.

—Muy bien —concedió—. Consúltelo con quien sea, pero después de la cena quiero una respuesta a mis preguntas.

—Lo intentaré.

Al quedar solo. Kernigan reflexionó sobre la sorprendente conducta de aquel hombre. Lamont no era del tipo asustadizo, estaba seguro de eso. No se había asustado cuando le informaron de la existencia de la garra fantasmal, de aquel poder de las tinieblas que parecía habitar en Middel Manor dispuesto a destruir y matar.

Y, no obstante, estaba terriblemente asustado ahora.

Y lo había estado más aún al ver el cadáver de Bodry. ¿Por qué?

Refunfuñó un juramento entre dientes y apuró el resto del coñac. Luego, encendió un cigarrillo y abandonó la biblioteca.

Inspeccionó la puerta principal, asegurándose de que estaba cerrada con llave.

Desde las escaleras. George le sorprendió.

—¿Piensas salir a estas horas, Bob? —exclamó el dueño de la casa.

—No, sólo quería comprobar que la puerta estuviera bien cerrada…

—¿Y lo está?

—Sí.

—Para mayor seguridad, retira las llaves esta noche.

Kernigan se apoderó de la llave. Ya iba a volverse cuando George dijo:

—La otra también… está ahí, en esos clavos.

A un lado del portón había una vieja madera con ganchudos clavos destinados a colgar llaves. Vio tres de ellas, pero ninguna gemela de la que tenía en la mano.

—¿Quieres decir que había otra llave de esta puerta ahí?

Brittles llegó a su lado apresuradamente. Desorbitó los ojos al comprobar que la llave había desaparecido.

—¡Había otra, Bob! —jadeó—. Siempre ha estado ahí…

—¿Igual que ésta?

—Idéntica.

—Ya veo…

—¡Alguien se la llevó! ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Perfectamente. No digas nada a los demás, para que no se alarmen más de lo que ya están.

—¡Maldito sea! No hay nada que tenga sentido… Si la garra está aquí, en alguna parte, ¿por qué alguien robó la llave de la puerta?

Kernigan no replicó, guardándose en el bolsillo la llave que había retirado de la cerradura.

Brittles murmuró:

—Necesito un trago, Bob. ¿Me acompañas?

—Acabo de beber.

No obstante, siguió a su amigo hasta la biblioteca y George llenó una copa para él. Los dos tomaron asiento y el dueño de la casa bebió el licor rápidamente.

—Esto reanima —murmuró.

Kernigan se recostó en el diván. Disgustado, gruñó:

—Me siento más cansado ahora que en las selvas después de una cacería… —Apoyó la cabeza en el respaldo y añadió—: Jamás lo hubiera imaginado.

George volvió a llenar la copa. Se disponía a replicar cuando advirtió que su amigo había cerrado pesadamente los ojos.

Bebió un sorbo. Era confortante tener a un hombre como Kernigan al lado en los momentos difíciles… Él no había tenido nunca la fuerte personalidad del cazador, ni su poderosa mente resuelta y clara.

De pronto notó aquella inquietud ya conocida y se estremeció. Hizo un ademán para despertar a su amigo, pero se contuvo… Si Kernigan viera el fenómeno por sí mismo…

La laxitud le invadió. Y le invadió el terror, el espanto que culebreaba en su mente de manera insidiosa.

Miró con miedo en torno, rígido.

Y allí estaba, cerniéndose casi sobre él, la espantosa garra de la muerte, un nauseabundo despojo salido de lo más profundo de las regiones del mal.

Se levantó tenso y horrorizado, retrocediendo a medida que la zarpa avanzaba, las uñas agudas y sucias prontas a herir…

En el diván, Kernigan abrió un ojo cautelosamente. Su mano derecha desapareció bajo la chaqueta.

La garra flotó en el espacio, cada vez más cerca de George.

Kernigan tenía ahora los dos ojos abiertos. La horrorizada expresión de su amigo era estremecedora.

Sacó el revólver sin efectuar ningún movimiento brusco y lo amartilló. George boqueaba, fija la mirada en aquel espanto sin nombre que le acorralaba. Ahora sí quería gritar y su voz no le

obedecía…

Kernigan levantó el cañón del arma y tiró suavemente del gatillo.

La tremenda detonación retumbó como una bomba. George se tambaleó y, al fin, pudo emitir un alarido, cuando sus piernas se doblaban y él caía de bruces, balbuceando palabras incomprensibles.

Kernigan se levantó de un salto.

—¿Estás bien, George? —exclamó.

—Tú… tú disparaste…

—Sí.

—De modo que también la viste…

Se levantó ayudado por el aventurero.

Entonces se abrió violentamente la puerta y Grayson apareció, seguido de las muchachas.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasó? —dijo a gritos, entrando.

George se dejó caer, desmadejado, en el diván.

—¡Bob le disparó a esa cosa… a la garra…!

Grayson enarcó las cejas, perplejo.

—¿Le diste?

Kernigan sacudió la cabeza.

—No había nada contra que disparar —dijo al fin—. Sólo el terror de George… el horror que le dominaba.

El aludido se enderezó de golpe.

—¡Pero tú le disparaste a la garra, Bob! —chilló.

—Disparé contra la pared, lejos de ti para no herirte.

—¡Estás mintiendo! La garra estaba ahí, acorralándome… Desapareció cuando disparaste… lo vi… y tú también debes haberla visto.

Kernigan sacudió la cabeza.

—Ahora sé que se trata de una alucinación, George. Ya lo sospechaba, pero ahora he podido comprobarlo. Si la zarpa hubiera estado frente a ti realmente yo debería haberla visto. No había nada, créeme, nada en absoluto.

Norah dijo con voz ahogada:

—Podría ser una alucinación si sólo la hubiera visto George… Pero yo también la vi… también me amenazó a mí… ¿Qué es lo que pretende con eso, Kernigan?

—Demostrar que esa pesadilla no existe. Demostrarle a George que está siendo víctima de una alucinación.

—¡Pero yo no padezco alucinaciones! Y vi esa garra.

—Si la vio, sufre también el mismo fenómeno que su primo. Porque si no fuera así estaría mintiendo y eso resultaría todavía más sorprendente.

Una oleada de ira desbordó de las chispeantes pupilas de la muchacha.

—¡Cómo se atreve usted…!

—Tranquilícese.

La muchacha soltó un bufido y casi echó a corroí hacia la puerta rebosante de indignación.

Tras su marcha quedó flotando un tenso silencio que nadie se atrevía a romper.

Theda deslizó la mano entre los dedos de Kernigan. Entonces, incongruentemente, Lamont se asomó a la puerta y anunció:

—La cena estará servida dentro de quince minutos, señor…

CAPÍTULO X

Estaban en un saloncito junto al comedor, saboreando tinas copas de jerez disponiéndose para la cena. George, Grayson, Kernigan y Theda.

Ésta dijo:

—Debería ir a buscar a Norah… Fuiste demasiado brusco con ella, Bob.

—Déjala que se calme —rezongó Kernigan—. Ya vendrá.

George le observaba con el ceño fruncido.

—Tienes alguna idea entre ceja y ceja, viejo. ¿No es cierto?

—Es posible…

—Esa historia de que no viste la garra…

—Y no la vi, George, métete esto en la cabeza. Esa zarpa no existe más que en tu imaginación. Alguien la puso allí, alguien con un fin determinado.

—Aunque admitiera eso, Bob, estarían los crímenes para desmentirlo —murmuró George, abatido—. Esos sucesos espantosos no están en mi imaginación, desgraciadamente.

—Son dos cosas distintas… ¡Tienen que serlo, maldita sea! Hasta esta noche siempre habías visto la garra cuando estabas solo… Te atacó estando solo, te acorraló sin testigos… menos esta noche. Yo sólo vi tu expresión de horror, tu espanto mientras retrocedías ante nada. Sospecho que alguien ha cometido un error.

Le miraron asombrados. Theda se estremeció y apretó en la suya la mano del aventurero.

Grayson apuró su copa de un trago.

—Muchacho —dijo, sombrío—, juzgando por tus palabras se diría que conoces el secreto…

—Creo conocerlo en parte… Sólo en parte, desgraciadamente.

—Entonces, habla de una vez.

—Puedo equivocarme. Sería lamentable acusar a nadie y que fuera un error. Debemos esperar.

Dejó que reinara el silencio. George consultó nerviosamente su reloj y gruñó:

—¿Qué diablos pasa con esa cena?

Agitó el cordón de la campanilla y fue a servirse otra copa de jerez.

—Si realmente fueras capaz de eliminar esta pesadilla, Bob, jamás podría agradecértelo bastante… —Su voz se volvió ronca por la emoción. Bebió un sorbo de su copa y se volvió hacia Kernigan—. Pero al mismo tiempo —añadió—, presiento que no va a gustarme lo que sea que tienes en la mente porque implicas a Norah en ello. ¿No es cierto?

—Sí.

—Entonces, déjame decirte que estás equivocado.

Theda balbució:

—¿Es que sospechas de ella, Bob?

—Norah no debió ver esa garra, esa sugestión que te asalta a ti, George. A menos que…

Se interrumpió cuando sonaron unos golpes en la puerta y una sirvienta asomó la cabeza.

Brittles gruñó:

—¿Qué sucede con la cena, Mary, dónde está Lamont?

—La cena está preparada para servir, señor. Lamont fue a la bodega y aún no ha vuelto. —Si se tratara de otra persona diría que se entretuvo probando los vinos antes de subir… Vaya y llámele, Mary. Se está haciendo demasiado tarde.

Kernigan se irguió súbitamente alerta.

—Un momento —exclamó—. ¿Cuánto tiempo hace que Lamont fue a esa bodega, muchacha?

—Más de diez minutos, señor.

—Y normalmente, ¿cuánto tiempo tarda?

—No más de cinco minutos, a veces menos si no tiene que entretenerse eligiendo vinos selectos…

Kernigan soltó la mano de Theda y se levantó bruscamente.

—Iré con usted. Guíeme, Mary.

Grayson abrió la boca, estupefacto, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Te has vuelto loco, Bob? —Estalló George—. Deja que la muchacha llame a ese holgazán… Ya le diré yo lo que debe decírsele cuando aparezca.

—Quiero ir yo. Antes tuve una charla con él y… Esperadme aquí.

Salió en pos de la doncella y ésta le guió hasta la cocina. El resto de la servidumbre estaba allí y le miraron sorprendidos.

Más allá de las dependencias de servicio se abría una puerta que comunicaba con un estrecho pasillo. Al final de éste había otra puerta cerrada, y a la izquierda un hueco en el que se iniciaban unos estrechos escalones.

Antes de descender por ellos, Kernigan señaló la puerta cerrada del fondo.

—¿Adónde conduce esa puerta, Mary?

—Al jardín, señor. Pero apenas se utiliza nunca porque tenemos la de la cocina como entrada de servicio.

Él se acercó a la puerta y probó el tirador. La puerta se abrió sin dificultad.

—¿No acostumbran cerrarla con llave? —exclamó.

La sirvienta estaba perpleja.

—¡Ya lo creo que sí, señor! Lamont es muy estricto al respecto… No puedo comprender cómo alguien la dejó abierta.

—Está bien. Bajaré solo a la bodega. No se mueva de aquí.

Descendió rápidamente los peldaños.

Brillaba una luz abajo. Kernigan vio multitud de estanterías repletas de botellas polvorientas. La luz de la lámpara portátil brillaba al otro lado de las primeras estanterías y él las bordeó.

Se detuvo en seco al ver a Lamont. El mayordomo yacía de bruces en el suelo y de su espalda sobresalía la empuñadura de un cuchillo.

Se inclinó sobre él sólo para comprobar que estaba muerto. Luego, furioso consigo mismo porque pensó que de haberse mostrado más duro con el mayordomo quizá hubiera podido evitar su muerte, regresó escaleras arriba.

La sirvienta le miró, asombrada.

—¿Es que no está ahí abajo, señor? —balbució.

—Sí… Lamont ha sufrido… este… un accidente.

Llevó a la asustada muchacha hasta la cocina. El cochero estaba

allí y Kernigan le ordenó:

—Colóquese junto a la puerta de la bodega y no deje que nadie baje a ella… Nadie en absoluto. Ni usted. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Mary, ¿quiere llevarme a la habitación de Lamont?

—Sí… sí, claro.

Dejó a la perpleja servidumbre y siguió a la doncella.

El aposento que había ocupado el mayordomo en el ala de servicio era espacioso y cómodo, amueblado con espartana sencillez.

Kernigan cerró la puerta cuando hubo entrado y rápidamente comenzó a revolver todas las pertenencias de Lamont. Lo que buscaba lo encontró en un cajón de la cómoda. Tomó los recortes de periódico y salió, dirigiéndose al salón donde le esperaban Theda y los impacientes Grayson y George Brittles.

—Y bien —estalló éste—. ¿Qué diablos estaba haciendo Lamont allá abajo?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué diablos no subía?

—Porque está muerto, George.

—¡Qué…!

—Cálmate, no le mató el mismo asesino que a los demás. Dime una cosa. George, ¿cuándo le contrataste?

—Hace meses, casi un año. ¿Por qué?

—¿Por recomendación de quién? O quizá se ofreció él…

George arrugó el ceño. Luego, un chispazo pasó por su mirada y pareció indeciso.

—Vamos, suéltalo —le instó Kernigan, ceñudo.

—Fue Norah quien me habló de él por primera vez… dijo que trabajaba para una familia conocidos suyos, pero que pensaba marcharse a causa de ciertas diferencias con la señora… Lo recomendó con mucho interés… Pero ¿qué tiene que ver eso con su muerte?

—Tu prima esperaba heredar Middel Manor —murmuró Kernigan entre dientes—. ¡Maldita sea! No lo he recordado hasta esta noche, y ella misma nos lo dijo mientras veníamos hacia aquí cuando nos conocimos…

—¡Por el cielo, Robert, no metas a mi prima en esto!

—Vas a tener que meterla, porque sospecho que ella fue quien organizó todo este horror sin nombre que has padecido. ¿En qué consistió tu herencia concretamente, George?

—En estas propiedades… las tierras y dinero. Es cierto que por línea directa debería haberle tocado a ella, pero la herencia era muy concreta. Sin embargo, yo le asigné una pensión voluntariamente… No quise que se considerara estafada por mí que no tuve nada que ver con la redacción del testamento…

—Ya veo… Echa un vistazo a estos papeles, George.

Le tendió el puñado de recortes de periódico y se apartó, encendiendo un cigarrillo. George dejó escapar una exclamación.

Grayson estalló:

—¡Maldita sea! ¿Puedo saber de qué condenada cosa se trata?

—Lamont era hipnotizador —dijo Kernigan—. Estos recortes dan cuenta de sus asombrosas actuaciones en experimentos de transmisión de pensamiento. ¿No lo comprendes? Era él quien introducía la imagen de esa garra en el cerebro de George… Dominaba su mente a distancia. Le acorralé esta tarde y casi confesó, pero dijo que no estaba solo en el secreto y quería consultar qué debía hacer. Debió consultarlo y su socio se enfureció. Pero, no obstante, encontró la manera de darme su mensaje… Lo hizo cuando efectuó su último experimento con George, haciendo que éste viera la garra en mi compañía. Sabía que yo no vería nada y que después de haber hablado con él comprendería…

—Pero Norah también vio la… —La voz de George se extinguió en una especie de quejido y murmuró—: ¡Dios mío, Norah…!

—Amigo, ella debía querer la herencia… Toda la herencia para sí. Si tú te volvías loco pasaría automáticamente a sus manos. O quizá perdieras las riendas hasta el extremo de pegarte un tiro, quién sabe… De cualquier modo todo iría a parar a sus manos.

—Pero no es posible, Robert… Estás equivocado. Ella no pudo cometer esos horribles crímenes…

—No los cometió, excepto el último. Ha matado a Lamont casi con seguridad. Lamont me dijo que después de la cena me daría una explicación, y debe habérselo dicho a ella al comprender que habían ido demasiado lejos. Por eso ha muerto.

—Pero, Norah…

Kernigan se puso rígido un instante y lanzó una mirada fugaz a

la puerta cerrada.

—Tu prima, George —insistió, relajándose—. Lamont se sintió morir cuando vio los cadáveres de Willy y de Hugh… Él se había comprometido a aterrorizarte a ti por medio de la garra que forzosamente te haría pensar en el juicio del ladrón hindú… pero él no quería crímenes. Le horrorizaba la sangre… Habrá que mandar aviso al sargento y que la justicia se las entienda con tu prima, George. Lo siento.

—Pero los crímenes…

—Sobre eso lo ignoro todo. El mismo Lamont dijo que los crímenes y lo que te sucedía a ti eran dos cosas distintas, sin la menor relación una con otra.

—¿Cómo… cómo murió?

—Apuñalado por la espalda. Tu prima se coló a la bodega entrando por la puerta que da al jardín. Imagino que la policía encontrará huellas suficientes de ella como para acusarla formalmente. Lástima, créeme que lo siento… el proceso, el escándalo, los reporteros… Será una espantosa pesadilla.

Grayson arrugó el ceño, intrigado. No comprendía esa manera de expresarse de Kernigan, cuando con tanta dureza hablara antes de Norah.

Y de pronto comprendió y sintió un terrible escalofrío en todos sus nervios. Abrió la boca, quizá para protestar, quizá para gritarle a su amigo que se callara.

Antes que pudiera pronunciar una palabra, al otro lado de la puerta sonó el seco estampido de una pistola. No fue tan rotundo como los del pesado revólver de Kernigan, pero sí retumbó secamente bajo las bóvedas de la casona.

George se volvió en redondo. Theda dio un grito y Grayson corrió como loco hacia la puerta.

Kernigan encendió otro cigarrillo. Arrancaba de él la primera nube de humo cuando todos los demás se agolparon en la puerta, horrorizados…

Grayson volvió a entrar un instante después, pálido y desencajado.

—Tú lo sabías —murmuró—. ¡Tú sabías que ella estaba ahí, escuchándote, oyendo cómo la condenabas…!

—Oí un roce suave y lo imaginé.

—¡Maldito seas! ¿Qué tienes en lugar de corazón, creías que estabas cazando en tus condenadas selvas una de tus piezas de caza mayor?

—Una pantera… la más peligrosa de todas, Grayson… la más peligrosa. ¿Crees que a mí me ha gustado acaso?

George contuvo a la servidumbre que había acudido y luego se volvió. Sus ojos azorados miraron al cazador como si no le viera.

Theda sollozaba allá fuera, arrodillada junto al cadáver de su amiga, en cuya mano derecha aún sostenía la pequeña pistola que había utilizado para huir de la espantosa pesadilla que Kernigan había descrito tan gráficamente en su honor…

CAPÍTULO XI

Eran más de las doce cuando todo el alboroto en la casa cesó.

Sintiendo una sensación de amargura en todo su ser, Kernigan cerró la puerta de su cuarto. Había acompañado a Theda a su habitación, comprobando que la trastornada muchacha cerraba con llave. Luego, después de tomar una última copa solo en la biblioteca, había subido de nuevo para entrar en su dormitorio.

Se desvistió, pero en lugar de acostarse eligió de entre sus ropas un traje oscuro y una camisa de depone, marrón, y volvió a vestirse con esas prendas. Sujetó el revólver en el cinturón y abriendo la puerta con cautela tendió el oído.

Todo estaba silencioso. Salió y cerró la puerta, deslizándose como una sombra hasta la habitación donde Hugh Bodry había encontrado la muerte.

Se detuvo ante la puerta y volvió a escuchar con los nervios tensos. No pudo oír nada, de modo que abrió y colándose al interior dejó la puerta entornada, de modo que quedara una ancha rendija por la que vigilar el pasillo.

Acercó una silla, se sentó y pacientemente se dispuso a esperar.

Había cazado tigres en la India. Apostado en una plataforma, en lo alto de un árbol, había aguardado horas y horas sin alterarse, relajado, tranquilo, seguro de que su presa acudiría al reclamo del cebo, generalmente una cabra o un cordero, que balaban sujetos al claro cada vez más inquietos al percibir la proximidad de la fiera…

El cazador se alteraba sólo cuando el tigre aparecía, lento, cauteloso, desconfiado hasta el último instante decisivo. Se alteraba ante la posibilidad de fallar el tiro, sabiendo que si el tigre huía herido se convertiría en una bestia infernal sedienta de venganza y de sangre y que asolaría todos los lugares por los que acertara a pasar.

Por eso debía contener los nervios y aguardar… aguardar el segundo fatal y preciso, y entonces disparar, y matar a la soberbia fiera que reinaba sin rival en las selvas hindúes…

Para Kernigan, el acecho de esa noche era lo mismo.

Esperar conteniendo los nervios y la impaciencia.

También esa noche había cebos vivos: George, Grayson… la hermosa Theda tal vez.

Y la pieza a cobrar era mucho más peligrosa que el tigre.

Era un hombre.

No sabía cuál. Sólo eso: un hombre sediento de sangre como un tigre en la selva. Un hombre al que debía cazar antes que causara más daño.

Las horas transcurrieron lentas, enervantes para otro cualquiera que no hubiera sido el aventurero cuyos nervios era como si no existieran.

Luego, el tigre humano apareció.

Primero fue un leve roce tan sólo, lejos aún, en el otro extremo del pasillo. El cazador se irguió un poco y empuñó su arma.

Después, apenas audibles incluso para sus expertos oídos, unos pasos lentos, cautelosos, como si cada vez que apoyaba el pie en el suelo lo hiciera después de tantear con cuidado…

Kernigan continuó inmóvil como un ídolo de ébano en la oscuridad. Sentado, sólo movió la mano que empuñaba el revólver.

Los pasos, uno tras otro, lentos, seguros, se detuvieron al fin.

Kernigan empezó a levantarse tan despacio que el movimiento apenas se notó. Sus poderosos músculos sacaron el cuerpo de la silla como si flotara, sin producir ni el rumor de un suspiro.

Cuando al fin atisbó por la rendija de la puerta descubrió una confusa sombra frente a la puerta de Grayson.

Levantó el revólver, abrió la puerta y gritó:

—¡No se mueva, no me obligue a matarle!

La sombra se agitó. Hubo una suerte de zumbido y algo cruzó el espacio. Hubo un tremendo estampido contra el quicio de la puerta, muy cerca de la cabeza del aventurero, y la madera saltó en multitud de astillas, al tiempo que algo muy pesado caía al sucio.

Kernigan apretó el gatillo dos veces cuando el intruso ya se alejaba corriendo desesperadamente.

Los proyectiles cumplieron su cometido. El fugitivo dio un grito

y rodó dando tumbos por el pasillo.

Kernigan se inclinó. Estaba intrigado por lo que fuera que había astillado la madera.

Asombrado, comprobó que se trataba de una pesada maza de guerra medieval… ¡Había visto varias de esas armas antiguas colgando en una sala de la casona…!

Grayson fue el primero en aparecer, sujetándose el pijama.

También George salió, dando gritos, aturdido.

Kernigan dijo:

—Esta vez, el elegido eras tú, Everett… iba a por ti.

—Pero ¿quién…?

—No lo sé. Trae una luz.

Fue George quien encendió una lámpara en su habitación y volvió a salir. En aquel momento, Theda apareció corriendo, envuelta en una flotante nube azul de sedas que le confería un aspecto frágil y alado.

No vio nada más que a Kernigan erguido en el pasillo. Sólo quería verle a él, ileso, poderoso y esperándola, de modo que se arrojó en sus brazos y él la sostuvo apretada contra su pecho acariciándola y besándola y murmurando palabras tranquilizadoras.

Oyeron la doble exclamación de estupor de Grayson y George. Kernigan apartó suavemente a la muchacha y gruñó:

—¿Quién es, le conozco yo?

—¡Por el cielo que le conoces! —Bufó Grayson—. ¡Es Wade Ivy!

Por primera vez, Kernigan estuvo a punto de caerse de espaldas a causa del asombro. Corrió hacia el hombre derribado y se inclinó sobre él.

Era Wade Ivy. El débil, el pusilánime Wade Ivy.

Incapaz de contenerse, Kernigan atrapó al asesino por el cuello y casi le levantó en vilo. La sangre escurría de su pierna rota por un disparo, y de una fea herida que desgarraba su costado.

—¡Tú, maldito! —Jadeó—. ¿Por qué, en nombre del cielo, por qué…?

Los ojos desencajados del herido le miraron angustiosamente.

—Tú no… —musitó Ivy—. No quería… hacerte ningún… daño, Bob… sólo los… los demás…

George soltó un juramento.

—¿Por qué a nosotros sí, maldito? —estalló rechinando los

dientes.

—Todos… estabais arriba… ricos… poderosos. Nunca me echasteis una mano…

Estupefacto, Grayson murmuró:

—¿Y yo, Wade, qué tenías contra mí, si es que tenías algo?

—Te pedí… trabajo. Pudiste darme un… un papel en tu teatro… Yo servía… ¡Servía si me hubieses ayudado!

—Dios, es una locura…

—Willy Cook me cerró… su puerta también… mientras se enriquecía más… y más…

George dijo por él:

—Y yo no quise invertir dinero en aquel negocio que me propusiste una vez… un negocio absurdo destinado a la ruina. Pobre Wade…

Un ronco estertor quebró la garganta del moribundo. Kernigan le depositó con cuidado en el suelo, ya extinguido su repentino furor.

—Escúchame, Wade —dijo con calma—. La policía encontró unos restos en las vías del tren… El cadáver llevaba tus ropas, tus documentos. ¿Quién era, cómo lo hiciste?

—Un vagabundo… de Londres… le encontré en el Soho…

—Entonces, planeabas esta carnicería hace tiempo…

—Sólo desde que recibí la carta de… de George… decía que estaríais todos… aquí… todos los que me dejaron de lado… mientras subían… y se enriquecían…

—¿Cómo iba nadie a sospechar de él si creíamos que estaba muerto? —jadeó George, apartándose a un lado.

—Tú no… Bob… créeme… Nunca pensé hacerte… daño. Eres el mejor de… de todos… nosotros…

Algo se desgarró en el pecho del cazador. Con voz rota dijo:

—Y he sido yo quien te ha matado, Wade… ¡Dios mío!

—Eres… un buen cazador.

Su boca se llenó de sangre y expiró.

Kernigan se levantó rígido. Por primera vez en su vida, temblaba de pies a cabeza.

Theda le rodeó la cintura con su brazo, apretándole, comunicándole el calor de su propio cuerpo, de su amor, de su ternura.

—No te sientas culpable, querido —susurró—. ¿No te diste cuenta? Él… Wade, parecía estarte agradecido… le habías librado de su propio horror.

—No me perdonaré nunca. Si lo hubiese sabido… ¿Por qué nunca recurrió a mí? ¡Le habría ayudado! Dios es testigo de que le habría ayudado…

Casi le obligaron a apartarse de allí para ir a la biblioteca, mientras George se las entendía con la alborotada servidumbre.

Grayson apuró velozmente dos copas de coñac. Se dispuso a decir algo y descubrió a los dos jóvenes sentados, mirándose fijamente. No entendió lo que Theda murmuraba, pero sí entendió algo más.

Que allí, él, estorbaba.

De modo que volvió a llenar la copa y se la llevó consigo cuando salió, cerrando la puerta tras él.

Estaba a mitad del vestíbulo rumbo a la escalera cuando se le ocurrió una curiosa idea… Kernigan era un demonio como cazador. Experto, sin duda. Duro como el diamante y diestro en las selvas o con un arma en la mano. Pero Grayson pensó que en manos de una mujer sería tan inexperto como un niño. Era de esa clase de hombres, seguro. Sonriendo, volvió atrás y abrió sigilosamente la puerta.

Por encima del respaldo del diván, vio las cabezas de los dos jóvenes.

Estaban besándose apretadamente, casi con violencia.

Se retiró chasqueado. Kernigan no era tan inexperto como imaginara en las lides del amor. Apuró la copa y se largó escaleras arriba.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.